

La guerra como problema de la filosofía

Volúmen II

Autor:

Rossi, Jorge Raúl

Tutor:

Pucciarelli, Eugenio

1981

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado

043
R832
2

Tesis de Doctorado

LA GUERRA COMO PROBLEMA [REDACTED] DE LA FILOSOFIA

- T o m o I I -

Director de Tesis:

Dr. Eugenio PUCCIARELLI

Autor:

Jorge Raúl ROSSI

3. TEORIZACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA.

En un ensayo que se ocupa de la guerra y la política, "libro dedicado a explorar las conexiones íntimas y extensas existentes entre la política y la estrategia, desde un ángulo admitida y reivindicadamente clauwiterano, Bernard Brodie, ampliamente reconocido como decano del pensamiento norteamericano sobre la guerra y la paz, aporta algunas consideraciones sobre teorías acerca de las causas de la guerra. Conviene retener, en tal sentido, su interpretación del así denominado "darwinismo social".

La guerra como "supervivencia de los más aptos".

Sumándose a la tradición crítica liberal anglosajona, Brodie denuncia, bajo acusación de "cubierta a la mística del nacionalismo", ciertas vertientes interpretativas de El Origen de las Especies (con las cuales habría sido indulgente, por no decir "complaciente", el propio Darwin).

En sus grandes trazos, la crítica podría ser sintetizada con el auxilio de la siguiente cita: "En la gran excitación engendrada por la idea básica de la evolución, estimulada además por el inevitable enfrentamiento con la religión establecida, como cualquier otro tema en el campo de las ideas, no podía imaginarse que la noción de la 'supervivencia de los más aptos' se trasladara a campos nunca buscados por Darwin (pero en cuya aplicación estaba completamente de acuerdo). Se desarrolló así lo que se ha llamado el 'darwinismo social', o sea la noción de que sobreviven las sociedades o naciones más aptas para la supervivencia (y cuál marca más obvia de aptitud podría haber que la capacidad demostrada para entablar y ganar guerras?" (BRD 257).

De tal modo la guerra habría sido presentada como una suerte de catársis redentora. Pero ya no solo para el individuo que participa en ella, sino también para los estados nacionales. En la guerra, estos últimos también deberían demostrar su verdadera valía. "De aquí hay un paso corto a la noción de que la guerra ayuda a estimular la superioridad de la que es medida. Por lo tanto, la guerra se convierte en algo bueno. Por lo menos,

ofrece una compensación por sus males demasiado conspicuos; hace que las naciones mejores pasen a la cima, donde obviamente deben estar" (257).

La prueba condenatoria contra semejante concepción habría sido el holocausto producido a lo largo de la primera guerra mundial. Pero, destaca Brodie, sutilmente acomodado a nuevas realidades el darwinismo social gozaría aún hoy de notable buena salud. Peor aún, continuaría haciendo estragos muy peligrosos en los círculos de poder: porque aunque el número de afectados fuera relativamente muy pequeño, para incubar una catástrofe es suficiente con contaminar centros vitales del cerebro político.

Las decisiones de guerra y las racionalizaciones del historiador profesional.

En todas las ramas del saber humano se verificarían parcialidades. Para Brodie, sobre todo cuando nubes "nacionalistas" o "partidistas" empañan el horizonte. Sin embargo, uno de los flagelos que más contribuyen a dificultar respuestas correctas sería un "vicio particular" del historiador profesional. A saber, la inclinación sistemática a suponer que "las grandes decisiones de política de los gobiernos son generalmente el producto de una deliberación cuidadosa, ordenada que posteriormente puede descubrirse" (270).

Peligrosa ilusión (!), pues implicaría nada menos que ignorar el

(!) "Como escribí (Arthur M.) Schlesinger durante su tercer año en el equipo de la Casa Blanca de Kennedy: 'Nada de mi propia experiencia reciente ha sido más aleccionador que el intento de penetrar el proceso de la decisión. Tiemblo un poco cuando pienso con cuánta confianza he analizado las decisiones en las épocas de Jackson y Roosevelt, he descrito influencias, asignado motivaciones, evaluado papeles, asignado responsabilidades y, en suma, transformado una evolución desordenada y oscura en una traducción nítida y ordenada. La triste realidad es que, en muchos casos, no existen las pruebas básicas para que el historiador reconstruya los casos reales, y las pruebas existentes son a menudo incompletas, engañosas o erróneas". The Historians and History, en *Foreign Affairs*, vol. 41 (Abril de 1963).

papel magnificente que juega la estupidez en la toma de decisiones. Las "grandes decisiones" incluidas.

En ácido reconocimiento del "factor humano", Brodie insiste mucho en la tontería (estupidez), real y supina, del alto funcionario promedio, también en una administración democrática. Con una cuota de "sentido común" y otra de reminiscencias psicoanalíticas, afirma: "nos resulta mucho más difícil colocar en el fondo de las cosas a la estupidez, que es por lo menos tan común como la ambición. Ya que raras veces la descubrimos en nosotros mismos, tenemos una base débil para proyectarla a los demás"(281).

Esto último no comporta un punto de partida hermenéutico, pero Brodie se sirve de tal convencimiento para atacar a aquella otra teoría que considera quizá la más nociva entre todas las que pretenden dar cuenta de las causas de la guerra.

La "escuela del escándalo"

En realidad en este caso Brodie ataca al monocausalismo, a la pretensión de reducir las múltiples causas de la guerra a una sola. Los pregoneros de la "escuela del escándalo" serían "neomarxistas" (modo anglo-norteamericano). Pero ni siquiera, como Marx y sus seguidores, habrían buscado la causa de las guerras "capitalistas" en el sistema capitalista como tal. En "un nivel intelectual mucho más bajo" "han desplazado la culpa primordial de la institución del capitalismo al capitalista individual. Este último debe ser demasiado rico para tener una gran influencia política y suficientemente corrupto para emplear tal influencia en su propio beneficio a cualquier costo para la nación"(275).

En última instancia, según la "escuela del escándalo" todo se reduciría a la voluntad de capitalistas (seres esencialmente corruptos) que, en beneficio de sus intereses sectoriales, inducirían a estados enteros a la guerra. Una suerte de demonios, culpables y, peor aún, únicos culpables de

la guerra (').

La guerra y las guerras

Si es errónea toda pretensión de explicar las guerras a la luz de una única causa, en buena medida también lo sería devanarse los sesos cavilando sobre "la guerra". Por lo menos para Brodie, quién preconiza no gastar demasiadas energías en pensar la "curación de la guerra per se" y, en cambio, aconseja dedicar la masa de los esfuerzos a evitar las guerras particulares. Creador del concepto contemporáneo de "guerra limitada"(*), el autor comprende y advierte de dónde puede provenir, incluso de la forma más sorprendente, una escalada.

4. EL SISTEMA DE GUERRA Y LA GUERRA COMO CAUSA

Sin embargo, otros think tanks norteamericanos, por encargo oficial, se han dedicado a pensar no en "las guerras" sino en "la guerra". Sus conclusiones, bien filtradas de todo posible eco alarmista, son llamativas.

Un documento, que alguna vez circuló con carácter muy reservado, es indicativo. Su autenticidad está garantizada por una personalidad **célebre**

(') Desde el perspectiva no habrían faltado, ni faltan, quienes sistemáticamente piensan que funcionarios de primer nivel no podrían ser "tan tontos" como para creer verdaderamente en lo que declaraban; por tanto buscaban tras las palabras "escándalos ocultos". En cambio, Brodie afirma que lo que decían era lo que realmente querían decir, y agrega: "pero cuáles pruebas aporta la historia para esperar una incidencia de falta de honradez mayor que la tontería? Las palabras del barón Oxenstierne a su hijo, pronunciadas en 1648, han sido citadas muy a menudo, pero todavía son indispensables: 'Recuerda siempre con cuán escasa sabiduría está gobernado el mundo'(289) Para Brodie, argumentaciones arquetípicas de la que denomina "escuela del escándalo" serían las de Harold J. Laski y Bertrand Russell, entre otros. (276).

(") BRODIE, Bernard: El Escalamiento y la Opción Nuclear, BsAs, Círculo Militar, 1967; Biblioteca del Oficial vol 586/587.

y reconocida (*) dentro de la intelligentsia norteamericana.

El objetivo del grupo de expertos (interdisciplinario) convocado ad hoc era el de determinar "certera y realí ticamente" el tipo de problemas que deberían afrontar los Estados Unidos si "se arrivase a un estado de 'paz permanente'" y, a la vez, proponer soluciones. La intención de fondo, naturalmente, era la de preservar los valores, estilo de vida y preeminencia de la superpotencia.

Pero la paradoja general que se destacó consiste en que un estado general o universal de paz implicaría cambios de una magnitud tan mayúscula, sería tan diferente de todo lo conocido, que conformaría una sociedad completamente distinta. Esto es, una organización de acción y pensamiento tal que, por lo pronto, traería aparejada la desaparición de aquello que se quiere preservar. De donde, un tal sistema de paz no sería ni conveniente ni deseable, en caso de que fuere posible. En otras palabras, se hizo evidente que la paz era un valor más proclamado que analizado y deseado.

La guerra como sistema político.

Un ajuste semántico se impuso desde el principio. La "paz", convinieron los investigadores, significaría ausencia permanente (o casi perma-

(*) GALBRAITH, J.K: La Paz Indeseable, BsAs, . En el prefacio, (edic. francesa, 1968), Galbraith escribe: "En ese sentido no hace falta extenderse mucho, pues resulta indiscutible que dichas conclusiones son perfectamente razonables. Por lo demás, era inevitable. Hasta ahora, las reacciones ante la guerra han sido morales, emocionales e inclusive retóricas.(...) que el estudio haya llegado a la conclusión de que la guerra ofrece el único sistema digno de confianza 'para estabilizar y controlar' las economías nacionales, de que la guerra es la fuente de la autoridad política que asegura la estabilidad de los gobiernos; de que es sociológicamente indispensable para asegurar el control 'de peligrosas subversiones sociales y de las tendencias antisociales destructoras'; de que cumple una función malthusiana indispensable; de que durante mucho tiempo 'proporcionó la motivación fundamental y la fuente de los progresos científico y técnico: todo ello es sólo lo que se podía esperar de cualquier examen razonablemente realizado, mediante la aplicación de la técnica moderna de la investigación en equipo"(p. 11).

nente, como mínimo) de violencia organizada e indicaría, asimismo, la existencia de un desarme total o general. No cabría pues hablar de "paz armada" u otros eufemismos semejantes. La palabra "guerra" designaría tanto a la guerra en su sentido convencional ("caliente"), como a la "condición general de preparación o disposición" para la violencia organizada entre estados o dentro de ellos (guerra civil) y, más aún, al "sistema de guerra", tal como se lo conceptuará más abajo.

De donde, una primera conclusión es que los trabajos y propuestas corrientes sobre "desarme", que tanto han proliferado y lo siguen haciendo (cf. Bibliografía General), son meras abstracciones; pues no contemplarían las "condiciones reales" que están edificadas sobre un sistema de guerra, medular y determinante de nuestra civilización y todas las históricamente conocidas.

Porque, al revés de lo que usualmente se cree, la guerra, en cuanto institución, no estaría subordinada al sistema social determinado al que se pretende que sirve. La guerra no sería "la continuación de la política por otros medios..."; Clausewitz se habría equivocado.

Por el contrario, aseguran los especialistas: "por más que la guerra sea 'usada' como un instrumento de política nacional y social, el hecho de que una sociedad esté organizada para estar siempre predispuesta para intervenir en la guerra, sobrepasa su estructura económica y política. La guerra, por sí misma, es el sistema social básico, dentro del cual existen otros modos secundarios de organización social, de conspiración o conflicto. Este es el sistema que ha gobernado la mayoría de las sociedades humanas conocidas y éste es el sistema actual"(87).

A la luz de esa "correcta" comprensión de la verdadera articulación básica de los sistemas sociales, adquiere su verdadera dimensión y complejidad todo intento serio de diseñar una transición a un hipotético "sistema de paz". Sistema de paz que comportaría algo sin precedentes en la histo-

ria humana (descartando algunas "pocas sociedades preindustriales simples", irrelevantes como ejemplos para iluminar una transición por parte de las actuales potencias industriales y ambas superpotencias).

Asimismo esa decisión conceptual medular serviría para comprender bajo una luz cierta la preeminencia, oculta o paladina, de las instituciones militares y de la gran industria de guerra, que son las únicas que normalmente y admitidamente actuarían al margen de las estructuras políticas y económicas de cada nación; ya que en todas ellas sería prioridad el potencial para hacer o prevenir la guerra (la diferencia entre "agresión", calificada de "mala" y "defensa", valorizada como "buena", sería un eufemismo).

Más aún, precisamente el carácter vital de tales instituciones para la articulación del sistema de guerra básico, lleva a los autores a elucidar que "El sistema económico, la filosofía política y el cuerpo de derecho sirven y amplían el sistema de guerra, y no viceversa"(88). Porque el mayor poder social que un país pueda ejercer, es función directa de la mayor capacidad para hacer la guerra que posea; como lo demostraría la realidad de los imperios y potencias tanto históricos como presentes. Mucho más aún por cuanto la guerra no se agotaría en sus funciones explícitas, sino que tendría otras implícitas tanto o más importantes, que en conjunto la dotarían de su alto valor estructurador.

Las funciones de la guerra.

En efecto, las funciones militares de la guerra, diáfanas, cumplen el propósito de defender y/o impulsar el interés nacional mediante la violencia organizada. Ello ha dado sustento a la visible existencia de las instituciones militares nacionales (avaladas con poderes exclusivos) que deben mantener ejercitadas regularmente considerable cantidad de tropas de combate dotadas de sofisticados medios tecnológicos.

Pero también el sistema de guerra comprende funciones no-militares esenciales, que sirven no sólo para justificarse a sí mismas sino para cu-

bir objetivos sociales mucho más amplios. A punto tal que si, hipotéticamente, la guerra fuera eliminada, las funciones militares desaparecerían con ella. Pero no así las funciones no-militares del sistema de guerra. Estas últimas son de varios tipos.

Económica. El "despilfarro" aparente que supone la construcción y uso de materiales de guerra, no está regida por la oferta y la demanda. es un sector decisivo de la economía que está sujeto a "un total y arbitrario control central"(95). Crea un tipo de demanda artificial, pero es la única con tales características que no plantea ningún problema político. Resolvería de tal manera el problema del destino de los excedentes de la producción; del modo más racional posible. Sería por tanto un contrapeso regulador de la economía (fórricamente centralizado) que posibilitaría la vigencia de la ley de oferta y demanda en términos generales. No sería "despilfarro", sino sensatez, alta racionalidad económica de base. Pero, además, gracias a las guerras en gran escala, se habrían verificado los más importantes progresos industriales de la historia (*). De donde, "la técnica de los armamentos es la que estructura la economía"(97) y hace crecer el producto

(*) En este aspecto, y sólo en éste (explícitamente al menos), parece coincidir Lewis MUMFORD (Técnica y Civilización, Madrid, Alianza, 1979, 3ª ed) "Hasta dónde tiene uno que remontarse para demostrar el hecho que la guerra ha sido quizá el principal propagador de la máquina? ¿Hasta la flecha envenenada o hasta la bolita de veneno? Estas fueron los precursores de los gases tóxicos..."(p.102)//"En el siglo XVII, antes de que el hierro hubiera empezado a ser usado en gran escala en cualquiera de las demás artes industriales, Colbert había creado fábricas de armas en Francia, Gustavo Adolfo había hecho lo mismo en Suecia; y en Rusia, ya cuando Pedro el Grande, había hasta 683 trabajadores en una sola fábrica"(110)//"La presión de la demanda militar no sólo aceleró la organización de la fábrica al principio; siguió persistiendo durante todo su desarrollo" (110)//"La alianza de la mecanización y de la militarización fue, en suma, desgraciada; pues tendía a restringir las acciones de los grupos sociales a un modelo militar, y estimulaba la táctica violenta y rápida militarista en la industria. Fue desafortunado para la sociedad en conjunto que una organización de poder como el ejército, más bien que el remedio artesano más humano y cooperativo fuese el que presidiera al nacimiento de las formas modernas de la máquina" (116).

nacional bruto. Su incidencia es decisiva sobre la ocupación, la producción y el consumo. Por tanto es un estabilizador económico de magnitud incomparable. En un sistema de paz, ¿cómo encontrar un sustituto adecuado a esa función de la guerra?

Política. Las naciones-estado, por no retroceder más allá en el tiempo histórico, se habrían estructurado sobre la base de la guerra. De donde la guerra sería sinónimo de "nacionalidad". Y si desapareciera la primera, desaparecerían las soberanías nacionales y las naciones-estado. Por lo demás, también la guerra sería decisiva para la legitimidad de los gobiernos. Sin amenazas exteriores tangibles, y capacidad reconocida para enfrentarlas, ningún gobierno lograría "legitimidad". Asimismo, la preparación en general de una sociedad para afrontar la guerra sería su principal estabilizador político, al par que fuente de autoridad básica de un estado moderno para propios y extraños; así lo probaría la ingente estructura de guerra de las sociedades más liberalizadas (y, por supuesto, la de las otras). Por tanto, proclaman sin ambages los especialistas: "Obviamente si el sistema de guerra debiese ser descartado, se necesitaría de inmediato una nueva maquinaria política para servir a esta vital subfunción. Hasta que ello se logre, la continuación del sistema de guerra debe ser asegurado, si no fuese por otra razón que la de preservar cualquier grado y cualidad de pobreza que la sociedad necesite como un incentivo, así como para mantener la estabilidad de sus organizaciones internas de poder"(103).

Sociológica. "La más obvia", "desde tiempo inmemorial", es el empleo de las instituciones militares como "medio para otorgar a los elementos antisociales un papel aceptable en la estructura social" (104). También como control de elementos nihilistas y "potencialmente alterados". Con frecuencia ayuda a paliar tasas de desocupación y ha sido precursora de programas de bienestar social y aún de redimir masivamente a estratos pobres; facilitándoles acceso institucional, por medio de la conscripción, a bienes médicos y de alfabetización. Por lo demás, la guerra alentaría la lealtad social,

pues cualquier causa elevada requiere tener un enemigo que la amenace.

Ecológica. La guerra no sólo habría servido para asegurar la supervivencia de la especie humana, facilitando el reparto de recursos escasos dentro de los márgenes posibles, sino que habría mejorado también la evolución y adaptación ambientales.

En fin, se verificarían asimismo **funciones** culturales y científicas de la guerra ("los descubrimientos importantes que se han efectuado sobre la naturaleza han sido inspirados por las necesidades militares reales o imaginarias de sus respectivas épocas" (119). Más aún, la guerra cumpliría funciones como estabilizador generacional, como clarificador ideológico ("no pueden haber más que dos partes en una cuestión puesto que no pueden haber más que dos partes en una guerra" (121), y como base para el entendimiento internacional.

De modo que para hablar seriamente de un sistema de paz y, antes aún, de una transición razonable hacia tal sistema, deberían examinarse y elaborarse cuidadosamente sustitutos (') para esas funciones no militares de la guerra.

(') Los autores ofrecen algunos modelos indicativos como sustitutos de las funciones de la guerra: 1. Económico: a) Un programa comprensivo de bienestar social dirigido hacia el máximo de mejoramiento de las condiciones generales de la vida humana. b) Un gigantesco programa de investigación espacial sin término, dirigido a objetivos inalcanzables; c) un sistema de inspección del desarme permanente ritualizado y ultraelaborado así como distintas variantes del mismo. 2. Político: a) una fuerza de policía internacional virtualmente omnipresente y omnipotente. b) una amenaza extraterritorial, establecida y reconocida. c) contaminación ambiental masivamente global. d) Probables enemigos ficticios. 3. Sociológico: función de control. a) Programas generales derivados del modelo del Peace Corps. b) Una forma de esclavitud, moderna y muy elaborada. Función motivacional. a) intensificación de la contaminación ambiental. b) nuevas religiones u otras mitologías. c) juegos de sangre orientados sociológicamente. d) formas combinadas, de todo lo anterior. 4. Ecológico: un amplio programa de eugenesia aplicada. 5. Cultural: no se ofrece ninguna institución en reemplazo. 6. Científico: las necesidades secundarias de la investigación espacial, del bienestar social y/o problemas eugenésicos.

La naturaleza de la guerra.

Del análisis anterior se desprende la conclusión, no sólo lógica sino también "realista", de que la guerra es, en sí misma, la base organizativa principal sobre la cual se han estructurado todas las sociedades contemporáneas. Sociedades cuya característica fundamental es su preparación para la guerra; antes que sus estructuras económicas y políticas, que estarían incluidas en la primera.

A partir de lo cual el diagnóstico es taxativo: "en el actual estado de nuestros conocimientos y de inferencias razonables, es el sistema de guerra el que debe ser identificado con la estabilidad; y el sistema de paz con teorizaciones acerca de lo social, por más justificadas que estas teorizaciones puedan parecer en términos de valores morales, subjetivos o emocionales."(170).

Por tanto, el precio de un serio intento de transición hacia un sistema de paz, podría ser muy elevado. Conmovería las bases del liderazgo político conocido, entrañaría riesgos sin duda muy profundos. De todos modos, si desde el gobierno más poderoso del mundo se decide iniciar el proceso, los innovadores deben ser conscientes de que las soluciones, si verdaderamente existen, supondrán una "revisión" revolucionaria" de las formas habituales por las cuales se declaman caminos hacia la paz.

Un problema adicional es que los autores detectan también falencias en la estructura del sistema de guerra vigente, a raíz de las confusiones inherentes sobre su real gravitación. De modo que ambos caminos exigirían decisiones de fondo y urgentes: si se quiere comenzar la transición hacia un sistema de paz, actuar se ún lo indicado; si no se desea correr ese riesgo, reforzar convenientemente el estabilizador probado, el sistema de guerra, para que continúe desarrollándose con éxito.

La interpretación de los especialistas (que concluye con una articulación de recomendaciones: "creación bajo las órdenes directas del Presidente de un Departamento de Investigación de Guerra/Paz, de carácter permanente con poderes y mandato suficientes para ejecutar los programas señalados", provisto de fondos no registrables y demás aditamentos de poder) es representativa de cómo se razona en las fundaciones y grupos más sofisticados al servicio de los círculos aéreos de poder.

No quiere decir esto que en tales círculos imperen ideologías belicistas a ultranza. Pero sí que no debe confundirse la masa de las declaraciones políticas, insanablemente pour la galerie, con los materiales y formas de razonamiento que se toman en consideración como base para elaborar las decisiones críticas.

Guerra, paz, política.

Por último, cabe destacar que en un trabajo como el presentado, de cuño conceptual anticlausewitciano (pues se coloca la guerra "por encima" de la política), es imposible, no obstante, hablar de "guerra" con prescindencia de su opuesto: "paz"; y viceversa. Por el contrario, "política" se comprende sin aditamentos en todos los casos; no es preciso acotarla por un concepto contradictorio que, por lo demás, no existe con entidad propia (los prefijos "a" o "anti" antepuestos a "política", si bien indican carencia, negación u oposición, no comportan una densidad semántica o existencial como en el caso de "guerra" y "paz" en su oposición).

La guerra se aleja de la paz como el rojo del violeta, pero la política es el prisma que genera los colores. La política, lógica y existencialmente, si bien sufriría un vaciamiento letal privada de guerra y paz, comprende a estas últimas en su conjunto y por separado e interactúa con ambas en todos los casos.

5. "CAUSAS" POLITICAS DE LA GUERRA

(A. Malraux):-Aquella vez recordé (al presidente Kennedy) la frase angustiosa del presidente Eisenhower : 'no me presentaré ante Dios con sangre en las manos'.

(De Gaulle) :-La sangre seca rápido.(¹)

(a. Extensión del Poder, Extensión de la Guerra)

La cuestión de las "causas" políticas de la guerra pone en relación a esta última con el tema del poder. Arduo sería encontrar objetividad científica en este campo pero, de todos modos y quizá por eso mismo, el abordaje de la cuestión siempre fue tan inevitable como cargado de interés.

Desde el punto de vista de las diferentes tradiciones en pugna , Bertrand de Jouvenel (²)(de cuya perspectiva nos ocuparemos enseguida) es un crítico de la democracia de cuño liberal (y raíces iluministas). Su acusación : esa particular y contemporánea determinación de "democracia" se caracteriza por la más formidable concentración de poder, lo cual importa una capacidad de guerra de idéntica magnitud.

El autor acusa gran conmoción por lo acontecido durante la segunda guerra mundial donde "todo" (obrero, campesino, mujer) fue convertido en "parte orgánica del aparato militar" y "todo" (fábrica, cosecha, casa) fue

(¹) MALRAUX, André, La Hoguera de Encinas, Bs.As., Ed. Sur, 1972, p. 100. ("Les chênes qu'on abat")

(²) JOUVENEL, Bertrand de, El Poder, Madrid, Editora Nacional, 2da. ed. Tomada de la primera edición por Librairie Hachette, Paris, 1974. Al final de cada cita figura el número de página indicado entre paréntesis.

convertido en "objetivo de guerra". Lo cual implicaría "destrucción total". Mucho más por cuanto los hombres habrían sido "transformados en su ser íntimo por pasiones violentas y unánimes, dando entrada así a la perversión integral de sus impulsos naturales" (3). Tras lo cual señala, siempre en la portada de su obra, "Lo más sorprendente del espectáculo que nos ofrecemos a nosotros mismos es que nos sorprenda tan poco" (4). Interesante asombro situado como inicio de una reflexión sobre el poder. Examinemos hacia dónde conduce.

Guerra y poder, la circular vorágine perpetua

Bien avanzado en su tratamiento de la "naturaleza del poder", Jouvenel concluye que todo progreso del poder implica un progreso de la guerra y viceversa. "Íntima unión" que cree verificar en toda la historia de Europa. Y que se proyectaría sin remedio a las culturas que de ella dimanaban (Los Estados Unidos y la Unión Soviética). (180)

El poder, reafirma, está indisolublemente ligado a la guerra "y si una sociedad quiere poner límites a los desastres de la guerra, no tiene otro remedio que el de limitar las facultades del poder". He ahí el meollo de la consideración sobre la "naturaleza del poder".

La guerra, promotora de desastres, si no un desastre ella misma, tiene una muy singular imbricación con el poder. Pero, en términos de nuestra pregunta por las "causas" de la guerra, lo que se advierte en este caso es una manifiesta circularidad que se retroalimenta : más poder, más guerra; más guerra, más poder; menos poder, menos guerra, menos guerra, menos poder.

Si, como se admite, el objeto propio de la política (o, al menos, uno muy determinante) es el poder, no estaría la guerra al servicio de la política, en un escalón inmediatamente por debajo, como en Clausewitz. No. La circularidad es total en Jouvenel. Y esto es lo central.

"Hay pueblos pacíficos y hay pueblos belicosos, las circunstancias no son suficientes para explicar el hecho" ('). "este parece irreductible, primario. Hay deseo de poder o no lo hay" (105). Tal la conclusión básica al examinar minuciosamente los orígenes del poder" que tienen una inflexión clave y determinante en la "entronización del guerrero".

Pues para el autor ni Hobbes ni Rousseau habrían tenido razón. En los orígenes, siempre conceptuales, no existió ni el "buen salvaje" ni el homo homini lupus. La primera evolución política fue hecha, "sin duda" por la guerra, que implica deseo de poder. Guerra que habría estado también en el origen de la monarquía absoluta y que continuaría siendo originante; desde que la virtud conquistadora es propia del poder (175).

Poder cambiante en su aspecto, pero no en su naturaleza; y que "hace la guerra a toda tendencia centrífuga". Por ello, la guerra "es" la actividad central de los estados. Más aún, si no se entiende que la historia es lucha de poderes, no se aprehendería la naturaleza del poder.

El progreso

Hacia dónde va entonces la historia. Mejor dicho, ¿hay un derrotero histórico cierto? (No digamos ya "esperanzado"). Es dudoso. Muy dudoso. Siguiendo el "excepcional" tratamiento de Toynbee con respecto a la "carrera por la civilización", Jouvencel no abriga duda alguna: "el progreso no se presenta ya como si fuera una ruta unida y jalonada por sociedades cada vez más adelantadas. Se imagina, sobre todo, a los grupos humanos avanzando hacia la civilización por caminos bien diferentes, de manera que la mayoría

(') Se refiere a "las enseñanzas de nuestros antepasados en tierras de América del Norte", pero está extrayendo, señaladamente, conclusiones de validez universal a propósito de tal ejemplo.

entran en lo que llamaríamos un callejón sin salida, donde vegetan e incluso se extinguen".(103)

Una visión completamente opuesta al optimismo de las Luces y que lleva a conclusiones, en el caso de Jouvenel, bien críticas hacia las "potencias sociales sin ética" y contra "los frutos del racionalismo individualista", cuando concluye sus reflexiones examinando al poder limitado o ilimitado (i.e. guerra limitada o ilimitada).

Los culpables de la guerra

Si las causas son oscuras o conjeturales, pero transforman a los hombres en "su ser íntimo por pasiones violentas y unánimes", como registramos más arriba, el autor cree posible, por lo menos, señalar "causantes" del perjudicial fenómeno. Culpables, pero más que jurídicos, morales.

Se trata de aquellos que serían los responsables de la más formidable concentración de poder (= capacidad de guerra) de que tiene memoria la historia humana, y que, a lo largo de la historia reciente continúan alimentando al minotauro (la "máquina del poder").

La nefasta tendencia a la concentración de poder se habría venido gestando incesantemente a medida que se concretaban políticamente los principios de las Luces, hallando su culminación en la democracia liberal; donde la omnipotente y burocrática máquina del poder consume libertades⁽¹⁾, pri-

(1) "Cuando preguntamos ¿dónde está la libertad?, se nos muestra en la mano una papeleta de voto; tenemos un derecho en la gran máquina de la cual somos súbditos; nosotros, la diez, la veinte o la treinta millonésima parte del soberano, podemos, algunas veces, perdidos entre la inmensa multitud, colaborar para que actúe" "Eso, nos dicen, es nuestra libertad. La perdemos cuando una voluntad individual se apodera, sola, de la máquina: eso es autocracia. La recobramos cuando recuperamos el derecho de darle en masa una impulsión periódica: eso es democracia. Aquí hay equivocación o engaño. La libertad es cosa muy distinta. Con-

va de libertad (cuyas raíces aristocráticas se empeña en probar el autor).

Concomitante con tal estado de cosas se verificaría otra gran carencia contemporánea, doble por añadidura : la de autoridades sociales y espirituales. En cuanto a estas últimas, de vital importancia porque deberían no sólo vigilar la evolución social, sino también y fundamentalmente "formular las obligaciones especiales que se derivan para cada situación de las verdades morales universales" (463), sería dable comprobar que "falta hoy la seguridad necesaria para representar ese papel activo a las autoridades espirituales, cuya legitimidad es puesta en duda y que se repliegan defensivamente a las solas ceremonias" (463).

En tal contexto, "aún en el caso de que sean personas honradas" vale decir en los casos más leves de Jouvenel halla culpables de "inconduct social" tanto al financiero, al industrial y al periodista como al agente de publicidad. Pues se carecería de un "honor profesional" lo suficientemente "preciso e imperativo", como frutos amargos de la "falsa concepción de la sociedad" imperante, la democracia liberal.

Esa concepción es denostada como la gran culpable, por haber hundi- do toda la cuestión política en una dicotomía estéril: individuo-estado; que generaría individualismo ; totalitarismo. Se produciría así un círculo vicioso que desemboca en "la solución totalitaria, mal reclamada por el pre- vio mal individualista, porque el contrario que engendra un error no es la verdad, sino otro error diferente" (466).

siste en que nuestra voluntad no esté en modo alguno sujeta a otras vo- luntades humanas, sino que rija ella sola nuestras acciones y sea dete- nida únicamente en el caso de que ofenda las bases indispensables de la vida social. (399).

Eso es lo que no habrían advertido ni admitido los librepensadores de los siglos XVIII y XIX, "tan respetuosos de la vida humana, tan partidarios de la suavidad de las maneras, tan enemigos de las penas severas, tan escandalizados de los procesos tendenciosos... ¡con qué horror compararían la sociedad que los hizo con la sociedad que nos han legado!".

En el umbral de la filosofía

Amarga constatación que lleva a Jouvenel (por lo demás enemigo declarado y acérrimo del marxismo-leninismo) a calificar de condenable "metafísica destructiva" al legado del "racionalismo individualista"; para concluir sus reflexiones sobre el poder (cuya extensión equivale a extensión de la guerra) con una andanada de preguntas que instaure tras de sí una estola de desaliento.

Se interroga el autor "¿acaso sabemos nosotros si las sociedades no están regidas en su marcha por leyes desconocidas? ¿Si les concierne a ellas mismas evitar las faltas por las que mueren? ¿Si no son impelidas hacia la ruina por el impulso mismo que las lleva a su madurez? ¿Si su floración y su fructificación no se realiza al precio de un estallido de las formas en que se había acumulado su vigor? Fuego de artificio que no dejará tras de sí más que una masa amorfa, abocada al despotismo o a la anarquía..." Y así concluyen más de cuatrocientas cincuenta páginas impresas.

Ostensiblemente embarcado en una tradición de pensamiento político⁽¹⁾, Jouvenel exhibe supuestos y adscripciones filosóficas: el problema

(1) Jouvenel, probablemente al igual que los precursores de la primera (o la más notable entre las primeras) reacción contra Las Luces (Bonald y Maistre) sostendría que el hombre no accede al conocimiento por medio de su razón individual sino, al contrario, en tanto ser social, a través de la tradición. En otras palabras, por el hecho de "estar arrojado" y

de la guerra, incrementada sin remedio al mismo ritmo que la concentración de poder, tiene raíces en lo filosófico, admite, pero no los examina desde la filosofía misma. Detiene sus reflexiones políticas en el umbral filosófico. Aunque no vacila en denunciar una "metafísica destructiva" como culpable, e indirectamente, "causa" de la guerra en el mundo contemporáneo.

crecer necesariamente en una comunidad cultural. De allí la importancia de las "autoridades sociales y espirituales". Debe subrayarse, sin embargo, que Jouvencel ve la guerra, en particular la contemporánea o "total", más bien como un mal o una desgracia. Por tanto no es su propósito hacer una apología de la guerra. Mucho menos una apoteosis, como aquella célebre de Maistre en la séptima de las Soirées de San Petersburgo, cuando su pluma ensalzaba la guerra como divina: "Así se cumple sin cesar, desde la cresa hasta el hombre, la gran ley de la destrucción violenta de los seres vivos. La tierra entera, continuamente embebida de sangre, no es más que un altar inmenso donde todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte.

Pero el anatema debe golpear más directamente y más visiblemente sobre el hombre...

La guerra es, pues, divina en sí misma, ya que es una ley del mundo.

La guerra es divina por sus consecuencias de orden sobrenatural, tanto generales como particulares...

La guerra es divina en la gloria misteriosa que la rodea, y en el atractivo no menos inexplicable que nos conduce a ella.

La guerra es divina en la protección acofada a los grandes capitanes, e aún a los más arriesgados, los que son raramente golpeados en los combates... cuando su renombre no puede aumentar más...

La guerra es divina por la manera en la cual se declara. No quiero excusar a nadie inoportunamente pero ¡cuántos de aquellos que uno ve como los autores inmediatos de las guerras son arrastrados ellos mismos por las circunstancias! En el momento preciso llevado por los hombres y prescripto por la justicia, Dios avanza para vengar la iniquidad que los habitantes del mundo han cometido contra él...

La guerra es divina en los resultados que escapan absolutamente a las especulaciones de la razón humana: pues ellos (los resultados) pueden ser diferentes entre dos naciones, aunque la acción de la guerra se muestre igual de una parte y de otra. Hay guerras que envilecen las naciones, y las envilecen por siglos; otras (las) exaltan, las perfeccionan de todas maneras, y reemplazan aún pronto lo que es muy extraordinario, las pérdidas momentáneas, por un aumento visible de población... La guerra es divina por la indefinible fuerza que determina los sucesos."

b) No hay política sin enemigo

En un intento explícito de analizar "lo político" desde la filosofía, Julien Freund aspira a iluminar también, entre multiplicidad de cuestiones, las causas políticas de la guerra.

Una convicción medular preside todo su intento: "Existe una esencia de lo político" ('). El método declarado es fenomenológico (") y esa esencia de lo político constituye, para el autor, el objeto de la filosofía política.

Toda política, se afirma, implica necesariamente "constantes". Como por ejemplo, el marco y la obediencia, lo privado y lo público. Pero una de esas constantes se revela como fundamental, al punto de constituir la "tesis general" de Freund: "no hay política sin enemigo". Tesis general que, por cierto, trae aparejadas consecuencias de fondo.

Dos de ellas, a la vez que caracterizan su análisis, lo diferencian pronunciadamente del de Jouvenel. La primera: en el análisis de lo político no debe hacerse intervenir "una noción externa de la política, la de norma moral" (XI).

(') Creemos que existen esencias de esta especie: la política, la economía, la religión, la moral, la ciencia y el arte" Nótese que dice "creemos". Y continúa: "Las esencias comprendidas en este segundo sentido se distinguen de lo que llamamos las dialécticas, como el derecho, la cuestión social, la educación, etc. La característica de estas dialécticas consiste en que no se basan en una determinante de la naturaleza humana, sino sobre dos o varias esencias en el sentido ontológico. Así, el derecho tiene como fundamento la moral y la política; la cuestión social tiene como fundamento la política y la economía" (XIV).

(") De lo que aquí se trata es de filosofía política" (XI) "Pues no tenemos más ambición que la de servir la fenomenología de lo político, en el sentido en que el cometido de la fenomenología reside en analizar lo más correctamente posible las realidades y los datos originarios de una actividad" (XII).

FREUND, Julien, La Esencia de lo Político, Madrid, Editora Nacional, 1968, Traduc. Sofía Noël. Al final de cada cita se consignará el número de página entre paréntesis.

La segunda, "tampoco se podría reducir lo político al poder, a pesar de que este fenómeno sea capital o central" (X).

Lo político tampoco se reduciría a una teoría general del Estado (Staatswissenschaft), fundiendo política con estado. Punto de vista que sirve al autor para distinguirse expresamente del enfoque que denomina jurudicista.

Una determinación central de la tesis general expuesta es inquietante, pues si se admite que no hay política sin enemigo: "esto significa que la violencia y el miedo están en el corazón de la política" (557). Lo cual, aclara el autor, no significa exaltar, justificar ni aconsejar el empleo de la violencia y el miedo como sinónimos de eficacia política. Pero sí es atenerse a la "experiencia general" y a la historia.

Con la aspiración manifiesta de colocarse más allá, fuera, por encima del idealismo y realismo, optimismo y pesimismo, Freund adopta la actitud de sustentarse privativamente sobre lo que enseñan la experiencia y la historia humanas, en tanto "únicas condiciones de un análisis positivo del fenómeno político". Su actitud metodológica, "dicho de otra forma, procura liberarse de la fascinación de lo político, descubriendo sin embargo cada vez en sus relaciones sociales su presencia ineluctable y su potencia constituyente" (4).

¿Cómo se visualizan la guerra y sus causas desde tan elaborada perspectiva?

El enemigo

Si la tesis general reza "no hay política sin enemigo", es necesario precisar qué se entiende por este último. La enemistad política (y correlativamente la guerra) debería ser claramente diferenciada de la enemistad privada (querrela, disputa o venganza entre particulares, y aún "gangsters").

En consecuencia, se impondría recuperar las antiguas distinciones, griega entre *πολέμεις* y *ἐκθροίς*, latina entre hostis e inimicus.

Se tomarán en cuenta pues los últimos términos en ambos casos, desde que no interesa al autor el fundamento característico de la enemistad privada, el odio, que no pertenecería específicamente a la enemistad pública (política) y hasta podría estar ausente de su concepto. Por tanto, "políticamente, el enemigo es una colectividad que discute la existencia de otra colectividad" (619).

El autor no ignora las guerras civiles, de las cuales ningún estado estaría definitivamente a salvo. Pero en cuanto se refiere al concepto de enemigo político centra su análisis en los estados, esto es, aquellas unidades políticas que han logrado suprimir los conflictos interiores a punto tal de poder garantizar la "seguridad y protección de sus miembros", en cuyo nombre actúan.

El enemigo político por tanto "no es forzosamente un ser éticamente malo", y su concepto no reviste un carácter meramente metafórico o simbólico, sino concreto y real. Conjunción que implica, por lo menos, tres consecuencias.

La primera es denunciar como "la peor superchería" hacer la guerra en nombre de "la humanidad" o de la "conciencia mundial". Pues ello supondría negar al enemigo la cualidad de ser humano, querer presentarlo como un "ser sin leyes", pretenderlo "fuera de la humanidad". Semejante actitud, según Freund, "es una impostura que se concede el derecho de matar en nombre del valor que condena la destrucción de la vida humana". (561). Guerrear en nombre "de la religión", de la "justicia", del "progreso", o de la "paz" serían para el autor imposturas semejantes.

La segunda es que, como el mundo político es un pluriversum y no un

universum, carece de sentido la noción de un Estado Mundial, puesto que no tendría entidad ni como república, ni como monarquía ni como democracia sino, "a lo sumo, como la coexistencia de los individuos y de grupos como los abonados del gas o los ocupantes de un inmueble" (561). Y si fuera planteado como sociedad de naciones, caería en el absurdo de tener que despojar a los estados integrantes del ius belli, pero sin poder atribuírselo a sí misma, ya que la asociación tendría por único sentido eliminar la guerra, garantizar la paz.

En tercer lugar, la distinción entre "guerra justa" y "guerra injusta", no tendría políticamente base de sustentación seria, en tanto ambos campos rivales deberían considerarse por igual como enemigos justos.

La Paz

Freund descalifica al pacifismo, cuyas teorías serían a menudo "un belicismo ignorado". Por tanto, lo importante consiste en determinar si se quiere la paz o el pacifismo. "En primer caso, la solución es política, y por este hecho, puede sin cesar ser discutida; en el segundo caso, es utópica, es decir, que la paz es remplazada por una idea o una ideología de la paz" (562).

La paz no se define por sí misma. Guerra y paz son nociones correlativas. Pero no contrarios meramente lógicos, pues ambos serían realidades positivas. La propia paz no es mera ausencia de guerra, sino que, en tanto concepto político, participa de la lucha política; al igual que la guerra "es un aspecto de la lucha con miras al arreglo de los conflictos o de los antagonismos" (785). En tal sentido sería también una continuación de la política por otros medios: la discusión, la negociación, el arreglo.

Producto del arte político, para Freund, la paz es lucha, "objeto y teatro de la lucha política" (790). Y hasta llega a sostener que la guerra

nace de la paz citando a Rousseau según el siguiente texto : "la guerra ha nacido de la paz, o por lo menos de las precauciones que toman los hombres para asegurar una paz duradera".

La guerra

En pleno ardor argumental, Freund se pregunta: "¿Cómo se puede conciliar la admiración por los hechos importantes y las conquistas de las revoluciones y condenar al mismo tiempo la violencia y la guerra?" (755). El propio autor estructura una respuesta, dejando escasas esperanzas de domesticar al minotauro por el sano uso de la razón : "Esto no significa que el hombre quiera, ora el bien, ora el mal; quiere el bien y cree hacer el bien, haciendo el mal y la guerra. Esta contradicción, inherente a las actividades de los individuos y de las colectividades, es humanamente insuperable" (756)

Sucede que la guerra no es un accidente ("). Sólo un racionalismo carente de conciencia de sí mismo y prejuiciado hasta el punto de hacer de la propia razón un prejuicio, podría afirmar lo contrario. Dejado de lado un tal racionalismo, Freund considera aún legítimo ir más allá y preguntarse hasta dónde la razón es capaz de controlar a la voluntad o sí, como el

(1) Comentando a Clausewitz, desde su interpretación, Freund afirma: "se la maldiga o no, la guerra tiene raíces profundas en la naturaleza humana; es uno de los caracteres esenciales de nuestra condición, a pesar de que no se la pueda más justificar que el mal(...). Para vencer la guerra, habría que resolver antes la insondable dialéctica del bien y del mal, de la felicidad y la desgracia, de la racionalidad y la irracionalidad..." (755)

(2) También se podría plantear la cuestión en otros términos : "la guerra, ¿es un fenómeno puramente histórico y contingente, o tal vez sea una sombra inveterada, o bien la sociedad humana será al mismo tiempo pacífica y bélica, y esto necesariamente en el sentido en que la sucesión de la guerra y de la paz hara la historia y que la negación de la una o de la otra signifique la negación de la historia humana?"(764). La respuesta de Freund es afirmativa . Cf. su parágrafo 138 (p.770).

autor parece sospechar fuertemente, es la voluntad la que "utiliza la razón y sus inventos al servicio de la potencia" (765) (1).

Es que las "esencias" (política, economía, religión, moral, ciencia y arte) no podrían nunca dividirse en dos categorías, a saber, las pacíficas y las belicosas. Ninguna por sí es capaz de eliminar la guerra o asegurar la paz, pueden indistintamente favorecer a una u otra. Pero, claro, si a priori se clasifica a la guerra como mala e inútil, lo que se dejaría de lado, sin fundamento alguno, es tomarse el trabajo de tratar de comprenderla.

"La guerra pertenece a nuestro destino", aunque suceda no entre individuos sino entre estados. Sería el instrumento por medio del cual las unidades políticas se hacen y se deshacen. Estaría en el origen de los estados contemporáneos y de la "mayoría" de los regímenes políticos. "Hasta las ideas de libertad, igualdad, justicia son, a menudo, belicosas" En fin, no se podría concebir progreso separado de guerra. Pero con una aclaración textual: "una alusión a la cuestión del progreso moral es aquí suficiente, pues se ve que el progreso se desarrolla con una indiferencia total hacia la ética: no es moral en sí mismo" (765) ¿Nos encontramos aquí, al fin, con un maquiavelismo desembozado?

(1) "En otros términos, al considerar la guerra sólo desde el punto de vista intelectual del razonamiento y de la lógica, no se la puede entender, pues una cosa distinta está en juego: la voluntad, la fuerza, la potencia, la vida. Toda fenomenología debe partir de ahí"(...) "Un derecho internacional basado en la negación de la guerra no tendría prácticamente ninguna consistencia jurídica, pero tampoco un significado político" (775, ambas citas).

Afirmaciones en el océano de la filosofía

No, por lo menos hasta donde alcanza la autociencia del autor, no habría tal maquiavelismo. Pues el mismo, por una parte, ataca aquello que denomina "maquiavelismo puramente doctrinal"; bajo el cargo de incurrir en reduccionismo, subordinando todas las actividades humanas a lo político. Pero, por la otra, el propio Maquiavelo es objeto de crítica por cuanto se "formó una idea pesimista de la humanidad" (951). Freund rechaza la prescripción del Secretario Florentino en tanto aconsejaba "suponer de antemano que los hombres son malos y siempre están dispuestos a manifestar su maldad cuantas veces encuentran ocasión para ello". Le adjudica no entender que el orden, además de un sentido negativo tiene otros positivos como permitir el desarrollo individual y colectivo en planos gratificantes como el arte y la ciencia.

Crítica tibia y un tanto forzada que no le impide a continuación (sin aclarar influencias) afirmar: "En cuanto una unidad política deja de luchar, deja de existir. Este impulso de la vida nada puede exorcizarlo, ni el recuento de todos los muertos de todas las guerras, ni las escenas de horror de las revoluciones" (953) Más aún : "Sea como fuere, la política es dominación del hombre por el hombre y, como tal, amenaza con hacer desviar la educación en su sentido propio. Sin cesar, surgen nuevas teorías que forjan la política a medida del ideal y del deber-ser (siempre variable con las doctrinas) y que creen poder sustituir por la educación la dominación. Nunca son más que "bellas negaciones de la realidad"(955).

En la reflexión de su muy extenso trabajo, el autor, advirtiendo expresamente el peligro de una guerra termonuclear, reivindica la metafísica. La misma pretendió ser archivada, "superada", Vana pretensión de las Luces, que también se ufanaron de haber terminado con "lo irracional, lo arbitra-

rio y la fe" que todavía gozan de buena, si no renovada salud.

Sin aclarar por qué coloca los tres últimos términos en un nivel único e indiferenciado, Freund concluye que para comprender mejor al hombre hay que relacionar historia y metafísica: "En efecto, ninguna reflexión sobre el ser podría impedir el problema del devenir individual y colectivo; por otro lado, aunque las filosofías de la historia aparenten menospreciar la metafísica, sólo se trata de una apariencia, ya que proyectan la reconciliación del ser consigo mismo en un porvenir utópico; lo que, en el fondo, es sólo otra manera de plantear el problema del ser". Párrafo que cierra la investigación en la página número 959.

La "causa" de la guerra

"La verdadera razón de la perpetuidad de las guerras en la humanidad proviene de la esencia de lo político"(771). Tal la consecuencia, por lo menos lógica, de la tesis general de que no hay política sin enemigo.

Si ello se limitare a que no hay guerra sin política, Freund no se alejaría en esto de Clausewitz ("la guerra tiene su propia gramática pero no su propia lógica") (*). Pero si lo que se está afirmando es que no hay política sin guerra, la posición cambia sustancialmente. Pues en este último caso, y Freund da tal sensación, la guerra parece desbordar y aún engullirse a la política, por lo pronto, en lo que esta última tiene de racional.

A pesar de la declamada filiación clausewitciana de Freund, no queda claro si la guerra es más racional que la política o menos. Porque si

(*) El autor reconoce en Clausewitz una fuente. En eso sigue a quienes reivindica como sus maestros: Carl Schmitt y Raymond Aron.

este último fuera el caso, desde la política no se podría controlar en absoluto la guerra y se estaría, entonces, fuera de Clausewitz. Así concebida (o aún cuando tuviera "el mismo" nivel de racionalidad), la guerra dejaría de ser un instrumento, una continuación de la política, para ser "miedo y violencia", políticos a veces; más allá de lo político otras veces (la "paz-lucha" y la paz "origen de la guerra" son difícilmente compatibles con el pensamiento del autor de Vom Kriege).

Es uno de los peligros de devaluar demasiado la razón aunque se lo haga en su propio nombre. Clausewitz no lo hacía. Confiaba en que la bestia era domesticable e instrumentable, como la mayoría entre las más feroces. En Freud la bestia parecería revolverse en el pecho de los hombres, las ciudades y los estados de un modo inveterado y consustancial.

En la comparación, Clausewitz aparece más apegado a lo racional; en cambio, Freud al señalar la "razón" de la guerra recuerda la saga donde Agamemnon provoca la ira de Aquiles, sin otra justificación que sentir la *ἔμνη* en el pecho. Tras lo cual el conjunto es desorden: a las desgracias que para todos se suceden no se puede hacer sino inventariarlas. "La guerra pertenece a nuestros destinos", asegura Freud. Un basamento que dista mucho de ser incontrovertible para una filosofía de la historia y, en general, para un enfoque filosófico.

C. LA PAZ PERPETUA

Tema difícil, (pues complica por igual al deseo, la pasión y la razón) ya en el polifacético territorio de las Luces, los destellos favorables, que los hubo, no tardaron en ser objeto de sátira por algunos de aquellos que, sin embargo, compartían el credo de la razón.

En efecto, a propósito de proyecto de paz perpetua rousseauiano, en 1761, Voltaire ironiza desde su "Rescripto del Emperador de la China". En realidad ataca la megalomanía de un pensador individual que, cual un Zeus redivivo, pretendía engendrar la paz universal desde su cabeza (pequeños plagios incluidos).

El mundo, escenario obligado de una paz perpetua, fue siempre demasiado complejo; como señalaba el emperador de la China, asombrado por no ser consultado (en el año 1898436500 de la fundación de su monarquía) 1761 en el pueblo de Paris situado a orillas del arroyuelo Sena : "Hemos pensado por nuestra parte, después de oír la opinión de nuestro consejo, que si el Gran Turco atacase a Hungría, o si la dieta europea, o europea, o europeana, no se encontrase entonces con dinero en efectivo; si, mientras la reina de Hungría se oponía al Gran Turco hacia Belgrado; el rey de Prusia marchaba sobre Viena; si los rusos mientras tanto atacaban Silesia; si los franceses se abalanzaban entonces sobre los Países Bajos; Inglaterra sobre Francia; el rey de Cerdeña sobre Italia; España sobre los moros o los moros sobre España, estas pequeñas combinaciones podrían turbar la paz universal" (1)

Una paz perpetua, se vislumbraba ya, difícilmente pudiera ser lograda desde Europa y a clave europea; esto es con olvido de "el Gran Turco; el rey de Persia; el Gran Mogol, vecino del rey de Persia" el Japón y otros que

(1) VOLTAIRE, Opúsculos Satíricos y Filosóficos, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 247, trad. y notas Carlos Dampierre.

"tienen los mismos derechos" y a quienes "sería una injusticia irritante olvidar en una confederación general".

La ironía vale contra todo eurocentrismo como contra cualquier otro propiocentrismo. Mucho más si se escuda sobre el más sospechoso de los pabellones : "la paz".

El autor de la Crítica de la Razón Pura, seguramente no desconocía estas ácidas y razonadas polémicas ('). Es más, rechazaba una razón sin límites. No obstante, en 1784 escribía: "Las Luces son aquello que hacen salir al hombre de la minoridad que debe imputarse a sí mismo. La minoridad consiste en la incapacidad en que está de servirse de su inteligencia sin ser dirigido por otro" (...). "Sapere aude, ten el coraje de servirte de tu propia inteligencia! He ahí la divisa de las Luces"(").

(') Si le era desconocido el célebre Proyecto para una paz perpetua (editado en Colonia en 1712 y en Utrecht en 1713) del Abate de Saint-Pierre; más la crítica un tanto fastidiada por el último Leibniz, desanimado, suele afirmarse, por las resistencias que él mismo había encontrado a lo largo de su vida filosófica y política entre reyes, príncipes y señores.

De paso, cabe señalar que el propio Abate de Saint Pierre no puede evitar prever una fuerza militar multinacional con capacidad de represión contra los más refractarios a los preceptos de la razón: "La ciudad de la Paz será libre y neutral; podrá instalarse en Utrecht, o en Ginebra o en Colonia, o en Aquisgrán. Los enemigos de la Unión, si quedan después de mediaciones, conciliaciones y juicios arbitrarios, serán combatidos por una fuerza compuesta de tropas de diferentes naciones, mandada por un jefe que será designado por mayoría de votos". Tomado de P. HAZARD El pensamiento europeo en el siglo XVIII, Madrid, Guadarrama, 1958, trad. Julián Barías. P. 243.

(") "Qu'est-ce que les lumières?" (1784). En KANT, Ecrits Politiques, Paris, Ed. La Renaissance du Livre 1917, Introd. et notes par A. Aulard, pp.187. En la misma edición : "La Paix Perpetuelle"

Hacia 1795, cuando la patria de las Luces francesas estaba todavía bajo los efectos del trago amargo del Terror, ve la luz su ensayo filosófico "De la Paz Perpetua".

La cláusula salvatoria que entonces propone Kant está dirigida a afianzar el imperio del derecho público, garantizando un progreso que se extienda al infinito, muy por encima de los meros tratados de paz. Sin perjuicios de que estos deban instrumentarse, pero sin cláusulas secretas. No se trataría empero de impulsar un dulce sueño de filósofos (*).

La esencia de los contenidos kantianos, fundados en el imperativo categórico ya que la oposición entre moral y política a propósito de la paz perpetua no sería sino aparente, no suenan extraños en la actualidad, aunque fueron audaces en su momento.

Un estado no puede ser sometido e incorporado por otro. Debe terminarse con los ejércitos permanentes. No intervención en los asuntos (constitución o gobierno) de otros estados. Proscripción de modos de hacer la guerra tales que, luego del cese de hostilidades hicieren imposible el restableci-

(*) El Kant de "La Paz Perpetua" todavía motiva reflexiones y comparaciones. En un reciente estudio dedicado a examinar paz y guerra desde la filosofía, las reflexiones se estructuran sobre la base de cuatro autores: Kant, Clausewitz, Marx-Engels y Tolstoi. Se argumenta allí que Kant estaba convencido de que los mismos principios de razón que impulsaron al hombre a crear estados, deberían ser aplicados a las relaciones internacionales. Así los estados, limitando al mínimo sus fuerzas armadas deberían confluír en una federación que ponga la guerra "fuera de la ley". Y debería incluso evitarse la creación de una fuerza internacional en cargada de mantener la paz, visualizada ella misma como una abrogación del citado principio y, por consiguiente, fuente de futuros conflictos. Se destaca que esto era posible para Kant en la medida en que triunfara el liberalismo y la aceptación del estado liberal por parte de "todos los hombres de buena voluntad". Más "pacifista" sería Tolstoi, en la medida que rechazaba por completo cualquier tipo de estado, al que adjudicaba ser un instrumento a la vez de opresión y de guerra en todos los casos. Cf. Philosophers of Peace and War, por GALLIE, W.B., Cambridge UP, 1978.

amiento de buenas relaciones. Es necesario que el derecho de gentes se funde sobre una federación de estados libres. La noción de derecho de gentes es inconciliable con el estado de guerra. Para poner fin al estado de guerra hay necesidad de un foedus pacificam, distinto del pactum pacis. Semejante foedus implica una federación de pueblos cada vez más amplia. El derecho cosmopolita, en fin, debe limitarse a las condiciones de una hospitalidad universal (').

Los ejércitos permanentes, a partir precisamente de la revolución de las Luces, se han reforzado sin cesar (cuando no en cantidad y calidad, seguramente en calidad, como es el caso en nuestros días). Los restantes principios, han sido recogidos por el derecho. De todos modos el escenario internacional permanece carente de una justicia reconocida (y respetada) universalmente capaz de imponer su legalidad. No obstante, el siglo que ahora transcurre se ha caracterizado también por la aspiración a algo que algunos creen ineluctablemente propio de un futuro no extremadamente lejano: un gobierno mundial.

Ordo Orbis

En el siglo XX, dos hijas de sendas guerras mundiales, la sociedad de las Naciones primero, y las Naciones Unidas luego, han institucionaliza-

(') Señala Paul Hazard en su libro sobre el Iluminismo: "La ley natural implica, pues, la existencia de una sociedad de naciones más vasta que las sociedades particulares, que no difiere de ellas en cualidad. Esta Sociedad está fundada en un mismo pacto; sus miembros se han unido en vista de su ventaja y su interés; se han obligado, por consiguiente, a mantener su primitivo tratado; si lo desgarraran no conseguirían más que su propia desgracia. Los ciudadanos de una aldea, de una ciudad, de una provincia, tienen derechos y deberes para con sus vecinos; no los tienen nosotros para con los demás habitantes de Europa y del mundo". HAZARD, Paul, Op.cit., p. 240

do la inquietud. Pero no logran trascender el derecho formal. ¿Semejante "fracaso" es tal, o es mejor así?

¿Cómo hacer para lograr (imponer) un orden común al "pueblo de París", al Gran Turco, al Gran Persa, al Gran Mogol y al Gran Japonés . . . ¿Desde cuáles valores? ¿Cómo sin guerras desoladoras termonucleares? ¿Mediante una federación de pueblos? ¿y el poder? ¿Hasta dónde no sería la extensión de la paz desde la isla Utopía? La mera adición no es ni articulación, ni conjunto, ni armonía.

Por lo demás, en términos de sentar doctrina aún meramente defensiva nada asegura que el rector de la paz perpetua vaya a ser el "pueblo de París" y no cualquiera (o una coalición) de los otros grandes . La historia no está detenida. Ni ha sufrido un giro copernicano. Los imperios y los tiranos siguen siendo tan tremendos como siempre. Por lo demás ¿cómo evitar "guerras civiles" (62/67) dentro del supuesto estado universal?

¿Y el pluralismo? El pluralismo constituyente de Occidente difícilmente puede ser confundido con una simple proclividad federativa. Es la forma de poder existir, de sobrevivir, de occidente; la forma de filosofar de occidente.

El orden actual

Es posible que la sombra de la propia época oscurezca demasiado la visión hacia adelante. Pero, de atenernos a los datos (y prognosis) disponibles, la "paz perpetua" no parece ser, declaraciones aparte, un propósito real del siglo XX. Mucho menos en su tramo final.

El primer cuarto de siglo tuvo su epicentro en una guerra que todo lo conmocionó (1914/18). El segundo cuarto de siglo ubicó en una guerra más terrible aún su eje (1939/45). El tercer cuarto de siglo, alucinantemente

rápido en su transcurrir, fue una así llamada "post-guerra", pero saturada de guerras y revoluciones que enzarzaron (y mantienen crecientemente complicadas en tal estado) a las noveles superpotencias; las cuales, agria pero prudentemente, dirimen enemistades fuera de sus respectivos territorios nacionales. El último cuarto de siglo, que ya acusa más de dos mil doscientos días, vive alterado en los niveles de conducción más significativos y decisivos por la incertidumbre de una guerra termonuclear, exponencialmente peor que su antecesora mundial inmediata.

Pero las épocas parecen repetirse en sus omisiones graves, la capacidad de asombro (en general y ante el peligro) parece adormecida, si no perdida.

Acaso sea un remedo de la calma del laissez faire, laissez passer. Una caricatura de belle époque que, sin gozar tan siquiera de la frivolidad de la inconciencia, corre el riesgo creciente de compartir, eso sí, el destino irreversible de un trágico fin.

Lo cierto es que, cualquiera sea la forma bajo la cual se lo conciba, el "orden mundial" está inextricablemente entramado con la incertidumbre. Al abrigo de tal trama, con pareja fuerza, se expande un doble efecto: los pluralistas se reafirman en su pluralismo y los totalitarios en su totalitarismo. Consecuencia que, además de presagiar tormentas en el plano existencial, se hace sentir también en el plano del discurso.

D. LA INCERTIDUMBRE, LO VEROSIMIL, LO PROBABLE.

En efecto, si el discurso sobre la guerra (la estrategia) no se agota en simple retórica, si su estructura semántica puede ofrecer algo más que los resultados propios de una lógica de lo verosímil, ¿qué es exactamente lo que se puede esperar?

Se podría esperar un discurso sobre lo probable⁽¹⁾. Una aproximación mayor a la verdad. Al menos tal se sostiene desde la tradición pascaliana, aplicada al examen de la reedición contemporánea del fenómeno guerra.

Si se piensa ese fenómeno desde la perspectiva enunciada, lo primero sería descartar el abordaje propio de los especialistas. Pues tras la masa de datos se percibe la convergencia de descubrimientos independientes (físicos, químicos, cibernéticos y tantísimos otros). El desafío consistiría en pensar el todo con lucidez suficiente, en un estadio cultural en que la filosofía, otrora encargada "natural" de tal cometido, estaría desvalorizada.

La salida, modo cartesiano ante la "paradoja de la acción", consistiría en responder a la incertidumbre como si se estuviera seguro. Esto es, arriesgar, apostar. Pero ello supone que el hombre, dotado de razón, sea un ser probabilístico: debe actuar, pero sin evidencias; no conoce su futuro inmediato pero debe afrontarlo actuando con el cardinal auxilio de su razón.

Y debe hacerlo tanto en el plano subjetivo (el pensamiento vislumbra posibilidades sin alcanzar en ningún caso la evidencia) como en

(1) Cf. GUITTON, B. opcit., parte final, donde también elabora su concepto de "metaestrategia".

Para una documentada exposición sobre prospectiva, sus orígenes y desarrollo cf. GOYNET, José T.: Prospectiva y Estrategia, en Revista Estrategia Nro. 4. Bs.As, noviembre/diciembre 1969

el objetivo, pues los así llamados "principios de la guerra" no buscan sino disminuir la brecha entre lo posible que vislumbra el pensamiento y lo "real"; con la finalidad de proponer conductas razonables que sirven tanto para aproximar la victoria como para remediar fracasos, en general más o menos inevitables y, por tanto, necesariamente computables.

Ante la presencia de la paradoja, crece el valor de aquello que Pascal denominaba "geometría del azar" y que, moderna y contemporáneamente no ha cesado de ganar en precisión a través de creadores ilustres entre los que descuellan Leibniz, Bernouilli, Von Neumann y los cibernéticos.

El arte consiste en el cálculo racional aplicado a dos voluntades independientes y antagónicas.

Contexto particularmente sutil donde cada voluntad busca penetrar y prever la del enemigo disfrazando, al mismo tiempo, los propósitos propios. Es un juego de creación de apariencias donde lo fundamental es engañar a la voluntad contrapuesta. Nada nuevo pero siempre difícil.

Porque, estratagemas mediante y una razón activa en contra, ¿cómo eliminar el riesgo en la apuesta? El único medio, el sólo enlace posible sería el tiempo. Habría que tener el valor, la decisión racional de aceptar pérdidas en el presente con tal de saber esperar para ganar con seguridad en el futuro.

✓ El peor error ante la incertidumbre sería no saber soportarla, o negarse a hacerlo. Sobre todo si la amenaza es la guerra termonuclear, pues en tal caso el combate cobra una dimensión psíquica anterior, en lo fundamental, a la guerra misma, cuyo estallido se quiere evitar a la vez que se aseguren los objetivos propios (1)

(1) "El problema principal de las simulaciones a este respecto, incluidos los simulacros de guerra, es que sencillamente no podemos reproducir en el cuarto del juego de las clases de emociones, sobre todo de temor y ansiedad, que sin duda estarían presentes en cualquier gabinete durante una gran crisis que podría involucrar el empleo de armas nucleares. Esta es una razón de la gran importancia de relatos personales como el de Robert X..."

Se introduce así la paradoja central de la disuasión nuclear: no se puede detener la guerra sino a condición de prepararla. Para que no tenga lugar, debe poder tener lugar en todo momento. Pero no se la puede preparar sino a condición de detenerla, pues si no se acredita tal intención la amenaza no surte efecto. Así el ambiguo círculo de la incertidumbre que para evitar la guerra exige la amenaza; la apuesta, en definitiva.

Una apuesta compleja porque caben interrogantes como los siguientes: ¿realmente un intercambio termonuclear empeñaría toda la parafernalia disponible por parte de los principales actores? ¿Es seguro que no habría vencedores? Pero, aún cuando así fuera, ¿es cierto que desaparecería la vida humana de la faz del planeta? ¿No sería mejor arriesgar una apuesta fuerte y terminar con una incertidumbre que podría, por momentos, tornarse insoportable?

En ese contexto, el discurso sobre la guerra puede cobrar la forma de un discurso sobre lo probable. Se debería tener conciencia entonces de que se ha hecho una opción (¿apuesta?) previa a favor de la razón. Nada menos, nada más. (1)

Kennedy, Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis (N. York: Norton, 1969) (En: BRODIE, op.cit., p. 397).

(1) Karl Popper expresa: "Mi racionalismo no es dogmático. Admito de plano que no puedo probarlo racionalmente. Confieso francamente que elijo el racionalismo porque odio la violencia, y no me engaño a mí mismo con la creencia de que este odio tiene fundamentos racionales. O para decirlo de otra manera, mi racionalismo no es independiente, sino que se basa en una fe irracional en la actitud de razonabilidad. No creo que se pueda ir más allá." Sin embargo, "hay límites para la actitud de razonabilidad. Lo mismo ocurre con la tolerancia. No debemos aceptar sin reservas el principio de tolerar a todos los intolerantes, pues si lo hacemos, no sólo nos destruiríamos a nosotros mismos, sino también a la actitud de tolerancia" En definitiva: "Es posible reducir la violencia y llevarla bajo el control de la razón". POPPER, Karl. El desarrollo del conocimiento científico, Paidós, BsAs, págs. 411 y 410.

E. EL FILÓSOFO ANTE LA GUERRA, ¿UNA INCERTIDUMBRE ADICIONAL?

Si el empeño por generar un discurso racional sobre la guerra tropieza con los límites señalados, cabe preguntarse ahora si las actitudes del filósofo, ante crisis bélicas que le conciernan, aumentan su aporte a clarificar el discurso o si, por el contrario, solo contribuyen a empalearlo.

En otras palabras, el filósofo ¿puede pensar sobre la guerra con universalidad y movido por el sólo afán de la verdad en todos los casos? ¿o únicamente cuando la guerra no compromete sus particularismos?

La prudencia ante la guerra.

Notable del género satírico, con ansia filosófica, Rabelais escribió también sobre el buen gobierno, la guerra y la paz. No sólo las virtudes caballerescas (guerreras) del medioevo fueron objeto de escarnio; su pluma también fue implacable ariete contra la fortaleza heroica de la antigüedad. El verdadero Rey, el héroe de verdad, no era Aquiles, Alejandro, Aníbal, Escipión o César. Todos ellos fueron ridiculizados a través del insensato y fantochesco Picrocholo, sediento de conquistas.

En el polo opuesto, el héroe auténtico era Pantagruel. Verdadero Rey por cuanto sus virtudes eran la sabiduría, la calma y la indulgencia. El orgullo que daba arraigo humano e histórico a su modelo era la osada enseñanza de haber dedicado su vida y su poder a procurar la paz. Tal perfeccionamiento de la realeza, sucesivamente "encarnada", elevada y pulida por Grandgousier, Gargantúa y Pantagruel.

Pero, como para tantas patrias durante tantas épocas, también en las fronteras de la Francia de la época sonaron redobles amenazantes. Hacia 1552 (al borde de los cuarenta años de la primera edición de El Príncipe),

cuando Rabelais entrega al público su Tiers Livre, el prólogo es empleado casi como arenga patriótica. Lo primero (prioritario) es la defensa de "ce tresnoble royaume de France". Es preciso que cada francés trabaje para la fortificación y defensa de su patria, para protegerla, para rechazar a sus enemigos y ofenderlos.

La apología-elogio de la guerra cobra entonces forma a través de aquella pluma implacable ('). Sí a la guerra defensiva. No a la ofensiva. Pero un "no" relativo, que deja lugar a sospechas. Porque, atendiendo al fondo de la cuestión, ¿Y si Francia debiera "ofender" para extender, e imponer, la sabiduría (sagesse), calma e indulgencia de Pantagruel?

Graves concesiones (conversiones) provoca en la quiddidad del pensamiento del filósofo (universalidad) el fenómeno guerra cuando compromete inexorablemente su existir (singularidad).

A veces, como en el caso de Rabelais, se ponen de manifiesto posiciones (lógica, racionalmente) más bien inesperadas. En otros, la tradición filosófica pareciera remedar la caja de Pandora.

El sentimiento trágico de la vida ante la guerra

A diferencia de Rabelais, para algunos no es lo racional aquello que impera. Dimensiones, mejor dicho, tensiones bien distintas afirman su señorío, aunque en particularísima simbiosis.

(') En el idioma de la época: "Peu de chose me retient, que je n'entre en l'opinion du bon Heraclitus, affermant guerre estre de tous biens pere: et croye que guerre soit en Latin dicte belle, non par Antiphrase, ainsi comme cuydē certains rapetasseurs de vieilles ferrailles Latines, par ce qu'en guerre guerres de beaulté ne voyoient: mais absolument, et simplement par raison qu'en guerre apparaisse toute espece de bien et beau, soit decelée toute espece de mal et laidure". (Cita tomada de PETIT de JULLEVILLE, Histoire de la Langue et de la Littérature Française, t.III, siglo XVI, Paris, Colin, 1911, p. 61).

La guerra, de todos modos, mantiene un lugar central cuando la escena cobra vida "en el fondo del abismo" : "Tuvimos que abandonar, desengañados, la posición de los que quieren hacer verdad racional y lógica del consuelo, pretendiendo probar su racionalidad, o por lo menos su no irracionalidad, y tuvimos también que abandonar la posición de los que querían hacer de la verdad racional consuelo y motivo de vida. Ni una, ni otra de ambas posiciones nos satisfacía. La una riñe con nuestra razón, la otra con nuestros sentimientos. La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra. Y hacer de ésta, de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual" (1)

En obvia referencia a la producción darwiniana, Unamuno interpreta que, en el mundo de los vivientes, la struggle for life (así, textualmente, se refiere a ella el autor) establece asociaciones "estrechísimas", por ejemplo entre el "devorador y el devorado". Convicción que es extrapolada de inmediato a la lucha entre individuos y de allí a la lucha entre pueblos, donde el peculiar asociacionismo, fruto de la "lucha por la vida", se verificaría prístino.

De donde, "la guerra ha sido siempre el más completo factor de progreso, más aún que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos".

Tal la cargada consecuencia de tratar de poner la tesis de El origen de las especies al servicio de una convicción fundante expresada así:

(1) UNAMUNO, Miguel de, Del sentimiento trágico de la vida, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1976.

"razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro".

A quo metafísico que sirve, a propósito del estado y la guerra, para disparar el siguiente desarrollo que recogemos en no breve cita: "Como suele haber mucha más humanidad en la guerra que no en la paz. La no resistencia al mal implica resistencia al bien, y aún fuera de la defensiva, la ofensiva misma es lo más divino acaso de lo humano. La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que, por el choque y agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocer y quererse. El más puro y más fecundo abrazo de amor que se den entre sí los hombres, es el que sobre el campo de batalla se dan el vencedor y el vencido. Y aún el odio depurado que surge de la guerra es fecundo. La guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio. Caín se redime como general de ejércitos. Y si Caín no hubiese matado a su hermano Abel, habría acaso muerto a manos de éste. Dios se reveló sobre todo en la guerra; empezó siendo el dios de los ejércitos, y uno de los mayores servicios de la cruz es el de defender en la espada la mano que esgrime ésta". Y tras punto y aparte: "Fue Caín, el fratricida, el fundador del Estado, dicen los enemigos de éste. Y hay que aceptarlo y volverlo en gloria del Estado, hijo de la guerra. La civilización empezó el día que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra lo que trajo esclavitud. No en vano es Atenea la diosa de la guerra y de la ciencia. Pero ¿será menester repetir una vez más estas verdades tan obvias, mil veces desatendidas y que otras mil vuelven a renacer? ..."(1)

(1) UNAMUNO, Op.cit., pp 235/6.

La guerra, "el más completo factor de progreso", cuando en agrios episodios involucró "en carne y hueso" al rector de Salamanca, consumió, en rápidos sorbos, lo que de su paso por este mundo restaba.

La guerra es "natural"

Acaso, ¿será que la naturaleza ha querido la guerra?

Si se designa como "voluntad" a la facultad de tomar decisiones particulares, sería impropio decir que la naturaleza quiere algo. Pero hay sí un bosquejo implícito de actitudes y movimientos que estructuran y dan su prolongación a cada especie animal creada por la naturaleza. Y en este último sentido el fiel de la balanza se inclinaría hacia una respuesta afirmativa. Tal lo sostenido por Henri Bergson en las conclusiones de su última obra, Las dos fuentes de la moral y la religión.

A diferencia de todo otro ejemplo conocido, la naturaleza habría dotado al hombre de una "inteligencia fabricadora". No lo ha provisto de garras u otros instrumentos, como a distintas especies animales. Pero le ha otorgado la facultad de producirlos y de poseerlos; como a todo aquello que sea capaz de construir. Claro, para preservar lo construido, habrá que combatir; pues otros pueden desearlo y estar dispuestos a luchar para obtenerlo.

El filósofo que en uno de los extremos de la evolución biológica situara las sociedades de himenópteros y en la otra a las humanas, en cuanto a estas últimas concierne, no abriga duda alguna: "el origen de la guerra es la propiedad, individual o colectiva, y como la humanidad, por su estructura, está predestinada a la propiedad, la guerra es natural. El instinto guerrero es tan fuerte, que es el primero que aparece cuando se escarba en la civilización para encontrar la naturaleza"(*)

(*) BERGSON, Henri, Las dos fuentes de la moral y de la religión, Bs.As., Sudamericana, 1962, Introd. de José Ferrater Mora, p.275. (En adelante, las citas llevan el número de página a continuación y entre paréntesis).

La guerra es inevitable, más aún, en este caso echa luz sobre la evolución : la guerra estaría en el origen de los imperios, pues estos nacen de las conquistas. En ineluctable dimorfismo, de modo simultáneo coexistirían en cada ser humano "un jefe con instinto de mandar y un súbdito pronto a obedecer, aunque la segunda tendencia domine hasta el punto de aparecer como única en la mayoría de los hombres"(276). ¿No quedan así abiertas las puertas para que estos últimos "merezcan" ser conquistados". Sobre todo teniendo en cuenta que "aunque el instinto guerrero exista por sí mismo, no deja de aferrarse a motivos racionales" (278).

Para Bergson habría nuevas guerras. Escribiendo hacia el inicio de los años treinta, todavía fresco e impresionante el fragor de 1914/18, el autor de La Evolución Creadora no estaba alejado de la realidad. Por lo menos en la prognosis general, ya que no en algunos aspectos particulares que conviene recordar.

En efecto, hacia 1932 Bergson señalaba como "causas esenciales" de la guerra (en el plano de las racionalizaciones culturales, rasgando cuya capa nos encontraríamos con el "natural instinto guerrero") el crecimiento de la población, la pérdida de mercados, la privación de combustibles y de materias primas" (279). Un punto de vista eurocéntrico, se dirá. Pero, a la sazón no otro era el atalaya más sofisticado de la evolución cultural. Y no otro era el único centro de poder con capacidad como para transformar ideas en realidades.

Para Bergson, la causa más importante estaba localizada en la "superpoblación", vinculada al industrialismo. Combinación de cuyo inestable equilibrio dependerían tanto la paz interior de las naciones como la siempre precaria "paz internacional".

A propósito de esto último, Bergson era sumamente realista: "Es un error peligroso creer que un organismo internacional obtendrá la paz definitiva sin intervenir con plena autoridad en la legislación de los diversos países y aún, quizá, en su administración" (280). Ninguna dificultad sería insuperable" si una porción suficiente de la humanidad está dispuesta a superarlas. Pero hay que mirarlas cara a cara, y saber, qué es lo que implícitamente se debe aceptar cuando se pide la supresión de las guerras" (280). El filósofo carecía de las expectativas de un Einstein, con quien polemizara, rectificaciones de por medio, sobre otros temas.

Realismo que, sobre la base de su comprensión metafísica del hombre, lo llevaron a afirmaciones como la que estampa en las líneas finales de su última obra: "Hemos querido simplemente mostrar en el estado de espíritu democrático un gran esfuerzo en sentido contrario a la naturaleza" (').

Bergson no construyó una teoría filosófica sobre la guerra, pero hacia la culminación de su obra no se desentendió del fenómeno.

(') Probablemente éste sea uno de los puntos que detonaron la crítica de Raymond Aron (Cf. Paz y Guerra, Op.cit., p.425/60), quien le adjudica sobre este asunto las mismas ideas de Rousseau, al que Bergson habría acostumbrado a releer todos los años.

-Para una crítica "constructiva", pero que subraya el gap entre Bergson y el pensamiento sobre la guerra actual: Cf. PHILONENKO, Alexis, Bergson et la guerre, Études Polemologiques No. 21/22, Paris, Avril-Juillet 1976. Rescata Philonenko: "Por la teoría de Bergson uno se percata -y ésta es una lección preciosa para el polemólogo- del envejecimiento acelerado de las teorías en la época en que vivimos y de la exigencia de ligar a las estructuras intelectuales relativamente incontestables -estadísticas, cronología estricta, etc- todas las proposiciones de orden general" (p.30).

✓ ✓

No es cierto ahora lo que pudo serlo para la segunda guerra mundial: "Ya no se delega en un pequeño número de soldados encargados de representar a la nación; ya no hay nada que se parezca a un duelo. Es preciso, que todos se batan contra todos, como hicieron las hordas en los primeros tiempos" (277). Por el contrario, una guerra termonuclear entre las superpotencias tendría mucho de un duelo entre conducciones político-militares a lo largo de un intervalo de tiempo, se supone, muy breve. En el interín decisivo las fuerzas armadas subatómicas serían, en buena medida, tan impotentes como cualquier ciudadano interesado o no en el destino común. Luego ya nada sería igual.

En cambio se suele considerar como una premonición el pasaje siguiente: "Al paso que va la ciencia, está próximo el día en que uno de los adversarios, poseedor de un arma secreta mantenida en reserva, disponga de medios para suprimir al otro. No quedarán quizás sobre la tierra ni rastros del vencido" (277). El arma terrible ya la tiene los dos enemigos principales entre sí.

Para concluir con la presentación de la guerra como "natural", citemos aún a Bergson: "No se combate por el amor propio herido, por el prestigio, por la gloria. Se combate por no estar, según se dice, sometidos al hambre, en realidad para mantenerse en un cierto nivel de vida por debajo del cual se cree que no valdría la pena vivir" (277). Interpretada como "natural" la guerra sería separada de la gloria; sus móviles identificados con "el hambre" o "el nivel de vida". Esto indignaría sin remedio a ciertos espíritus.

La guerra es espiritual

No obstante tener un origen vital (pero bien opuesto al que regiría la existencia animal) lejos de ser el hambre, la abundancia y el excedente

de energías ¹⁰⁹⁴ suscitarían la guerra: "La guerra no es mera expansión de la violencia física, a la cual abandona su puesto la espiritualidad racional cuando se siente impotente, sino que es una controversia de poderío y voluntad entre las personas colectivas que llamamos Estados. La finalidad última en ella es el máximo dominio espiritual sobre la tierra" (188). Es Max Scheller quien habla (hacia 1915, en plena guerra europea, cuando todavía las esperanzas alemanas refulgían). Y agrega: "en la guerra se lucha por algo superior a la existencia: es lucha por el poderío y por lo que de él depende y con él coincide, la libertad política" (189).

Así lo glosa Ortega y Gasset en un trabajo crítico (1). La posición de Scheller tendría, a juicio de Ortega, una señalada ventaja sobre los libros "pacifistas" (que el autor español no vacila en repudiar junto con toda esa corriente), a saber, el intento de hacer una apología de la guerra "mostraría las profundas raíces que ésta posee dentro de la cultura" (202).

(1) Para referir la actitud existencial del propio Ortega valen la pena dos indicaciones efectuadas a pie de página. La primera es crítica: "el señor Bergson y el señor Scheller quieren que la filosofía sirva para algo, que sea política. Pero sobre el señor Bergson y el señor Scheller la filosofía sonríe galantemente y repite una vez más su lema luciferino: ¡Noq ser viani!" La segunda es difícil de adjetivar: "Y tal vez me atreviese a declarar que respeto más al que sabe pensar que al que sabe morir. Yo espero que los apasionados de uno y otro bando bélico no me obligarán a que sentado tranquilamente en esta piedra de Guadarrama, me ocurran ideas de trinchera" (214). Lo cual no impide al autor español una discreta toma de partido: "Yo siento discrepar en esto completamente de Scheller. Veo que Alemania hace ahora la guerra porque no ha tenido nunca talento jurídico. Si hubiese dedicado a la creación de un nuevo derecho una mínima parte de las energías que empleara en disponer una guerra más, acaso más cuantiosa y metódica que todas pero, en fin de cuentas, sin novedad humana alguna, de mayor altura sería su destino. En cambio, débase a unas u otras razones, es un hecho que las guerras de Inglaterra han solido traer como contera progresos en el derecho de gentes" (216). ORTEGA Y GASSET, José, Obras, Madrid, Revista de Occidente, 1946, "El genio de la guerra y la guerra alemana"; (1917), tomo II, . Los números a continuación de cada cita indican las páginas correspondientes .

Tal el valor de la posición de Max Schel/er para su crítico quien largamente destaca cuánto vulnera el nacionalismo alemán las potencialidades del "joven" filósofo germano.

Este último sostenía que el acto bélico es organizador, siendo el único capaz de compaginar las hordas en estructuras políticas estables. Asimismo, según Schel/er el estado poseería personalidad metafísica tan real como el individuo (mal que pesare al "liberalismo") y estaría dotado, como el plasma, por el principio de crecimiento, expansión e imperio sobre el medio. Completamente al contrario de lo que sostendrían el darwinismo y sus sucedáneos, quienes habrían presentado la vida como mera adaptación a ese mismo medio.

Sobre tales bases Schel/er habría sostenido que "el estado beligerante es la suprema actualidad de su existencia" (194). La guerra sería pues, el examen rigorosum donde los estados demostrarían lo valioso que han acumulado previamente (ya que la guerra sería el principio dinámico de la historia mientras que la paz se agotaría en una mera adaptación al sistema de poder, fruto emergente de la guerra inmediata anterior).

En fin, declararse "verdaderamente enemigo de la guerra", no impide a Ortega conceder, mejor dicho coincidir en que, rigurosamente hablando, el derecho internacional no existió ni existiría a la sazón, en tanto no habría logrado dar lugar a la justicia de la guerra: "el derecho internacional comenzará propiamente cuando se hayan inventado las normas jurídicas donde pueda ser recogida la justicia indomesticada que ahora busca su afirmación en la guerra"(206).

En definitiva, el enfoque que ve en la guerra un fenómeno espiritual (en ello coincide Ortega con Max Schel/er) concluye también en la inevitabilidad de la guerra. Al igual que el evolucionismo (naturalista o no), la prudencia o el sentimiento trágico. Queda en pie pues el problema.

Hacia la Conclusión

A la vista el complejo de concepciones y realidades presentadas desde el comienzo, indicativo de un problema no resuelto, ni siquiera controlado y a menudo ignorado ¿ Tiene sentido otra cosa que no sea adaptarse al fenómeno y convivir con él? Desechados belicismos y pacifismos por igual, en tanto actitudes siempre à outrance (reduccionistas sin remedio de la realidad guerra-paz), deben advertirse las dificultades de una aproximación filosófica al problema. Pero mucho más debe destacarse la escasez notoria de intentos en tal sentido.

Un silencio impropio de la filosofía, tan reclamada a pronunciarse sobre estas cuestiones como en las épocas de Heráclito, Platón, Tomás de Aquino o Kant. La omisión, en realidad, no da pie ni a la guerra ni a la paz, en sentido estricto. A lo único que da lugar es a la confusión, contradiciendo lo filosófico en su esencia. Falta el "sólo sé que no sé nada" capaz de generar el asombro ($\Theta\upsilon\mu\alpha\lambda\epsilon\sigma\upsilon$) creador, filosófico (colocado en su dimensión contemporánea) sobre el problema de la guerra. Problema que, no filosóficamente, ha quedado librado casi exclusivamente al manejo de "especialistas" (en general al servicio de intereses políticos); cuando no a manos de ideólogos que cubren el "vacío" filosófico al compás de sus deformantes y alucinadas teorizaciones.

Todas las perspectivas, no obstante, culminan pidiendo una resolución en el plano metafísico. Pues la metafísica es el suelo propio de las causas y los principios. Y es en ese especial territorio donde debería replantearse el problema de la guerra.

CONCLUSION

En torno a la guerra, los aportes que se han venido realizando desde diversas disciplinas son importantes, iluminadores. También los buscados desde el enfuerzo interdisciplinario. Pero unos y otros no podrían sustituir lo propiamente filosófico. El problema de la guerra reclama un renovado tratamiento desde la filosofía misma.

Los dos sistemas de pensamiento dominantes (liberalismo en sentido amplio y marxismo-leninismo), tan diferentes como son, se sustentan en sendas metafísicas donde la guerra ocupa un lugar relevante, "natural", inmanente. He ahí el último y omnicondicionante "porqué" de la guerra contemporánea.

Por tanto, si no se verifican cambios sustanciales en esos vértices, seguirá habiendo guerra (los más sofisticados ingenios tecnológicos, gigantescos esfuerzos económicos, cataratas de racionalizaciones y restantes resortes, continuarán prioritariamente en servicio bélico).

La filosofía provee fundamento a la política. De donde, como consecuencia de lo que acabamos de expresar, surgen dos alternativas. O bien no se produce modificación esencial en la esfera de los presupuestos filosóficos y todo sigue el curso visible hasta ahora; o bien se verifican cambios sustanciales en dicha esfera y entonces todo sería distinto (perspectiva que puede ser francamente halagüeña para algunos tanto como decididamente alarmante para muchos). Lo cierto es que, según se opere en un sentido u otro se trazarán estelas políticas diferentes hasta lo antagónico.

Mientras tanto, con el leve consuelo de que ambas metafísicas dominantes preferirían la arquitectónica al caos, la situación actual se revela como un típico (y muy tenso) statu quo ante... pero más bien ante bellum que ante pacem.

Realidad que no parece concitar asombro. Esto último, con todo, no es una novedad. En distintas épocas la capacidad de asombro pareció declinar fuertemente, luego se recobró, se hizo lugar al indispensable y socrático "sólo sé que no sé nada". Con conciencia de los legados conocidos, en lo referente a la guerra, filosóficamente quizá por allí convendría recomenzar.

A P E N D I C E

(A la parte I.D.: LA GUERRA TOTAL)

KARL VON CLAUSEWITZ: D E L A G U E R R A

APENDICE.

I N D I C E

	pág.
I. <u>NATURALEZA DE LA GUERRA (¿QUE ES LA GUERRA?)</u>	182
1. LOGICA, REALIDAD, POLITICA.	183
a. <u>Lógica</u> (la ascención a los extremos).	184
- Primera acción recíproca	184
- Segunda acción recíproca.	185
- Tercera acción recíproca	185
b. <u>Realidad</u> ("las probabilidades concretas sustituyen a/ lo extremo y absoluto del concepto").	186
c. <u>Política</u> (Lógica y realidad).	187
2. TEORIA	190
II. <u>LA OFENSIVA</u>	196
EL PUNTO CULMINANTE DEL ATAQUE	199
III. <u>LA DEFENSIVA</u>	200
IV. <u>EL OBJETIVO DE LA GUERRA</u>	203
1. VALOR Y NECESIDAD DE UN OBJETIVO PLAUSIBLE.	203
2. EL OBJETIVO DE LA GUERRA: LA DERROTA DEL ENEMIGO.	206
a. <u>El objetivo limitado</u>	209
- La influencia del objetivo político sobre el obje/ tivo militar	210
- La guerra es un instrumento de la política	212
b. <u>El objetivo máximo</u>	214
V. <u>A NOBRO DE EPILOGO</u>	216

KARL VON CLAUSEWITZ: DE LA GUERRA.

Suele sostenerse que, antes de redactar su obra y quizá durante el transcurso de esa tarea, Karl Von Clausewitz leyó a Kant (es de presumir que la Crítica de la Razón Pura). Sería exagerado, sin embargo, pretender que la obra del autor prusiano constituya una "crítica de la razón bélica". Pero no se puede dejar de admitir que Clausewitz, consciente o inconscientemente, busca dejar establecido un marco categorial apodíctico para todo tratamiento posible del arte de la guerra.

Al depurar conceptos, definir y relacionar del modo que lo hace, Clausewitz busca trazar una estructura tal que permita, por una parte, acceder a la naturaleza misma del fenómeno guerrero y, por la otra, rescatar de la experiencia histórica las verdades "comprobadas", desechando las falacias y teorizaciones caprichosas.

La piedra angular de su construcción conceptual ("la guerra es la continuación de la política...") ha devenido supuesto, y no sólo en occidente. Con las consecuencias que semejante depósito en la capas profundas de la inteligencia (e intelligentsia) del siglo supone.

En realidad, la convicción que ese precepto enuncia no es nueva en la historia conocida. Pero el hecho de que a partir de De la Guerra se la acepte según la formulación clusewitciana y se adjudique a ese autor, constituye indicio cabal del vigor teórico de su obra. Mucho más por cuanto quienes acepten esa premisa mayor colocada por Clausewitz al inicio mismo de todo razonamiento sobre el fenómeno que lo ocupa, no habrán luego de poder zafarse fácilmente del elaborado marco para la comprensión de la guerra que el autor construye a partir de allí.

A continuación ensayamos una recreación de los temas fundamentales que estructuran a De la Guerra.

Confiado, pero evitando cuidadosamente toda jactancia, Clausewitz asegura al final de su prólogo a De la Guerra, que en la obra presenta al "Tector inteligente", "en pequeñas pepitas de puro metal", aquello que su propia "reflexión de muchos años sobre la guerra, el trato con gentes juiciosas que lo conocían y mucha experiencia propia le sugerían y afirmaban". "Así han nacido los capítulos de este libro -agrega-, débilmente ligados en apariencia, pero a los que probablemente no falta una íntima dependencia. Quizá aparezca pronto un cerebro superior que, en vez de estas pepitas sueltas, ofrezca el todo en un puro lingote sin escoria"(¹).

Sobre la eventual aparición de una mente superior capaz de ofrecer una trabazón teórica de oro puro, no abriremos juicio por ahora. En cambio es de entera justicia destacar la "íntima dependencia" de cada una de las partes de la obra de Clausewitz con el todo que las inspira. Los postulados que se presentan en el Libro I son meticulosamente resumidos a lo largo de toda la obra, y retomados al final, en el Libro VIII, con particular brillo en su despliegue.

Cuatro son los temas fundamentales que a nuestro entender articulan y dan sentido al conjunto: primero, la naturaleza de la guerra (con su corolario de reflexiones sobre la teoría en ese terreno); segundo, la ofensiva (punto culminante del ataque); tercero, la preeminencia de la defensiva, debido al inevitable "techo" del universo de ataque; y, cuarto, el objetivo, como condicionante de todo esfuerzo de guerra, ya que si el objetivo es inadmisibile no puede haber guerra.(²)

(¹)CLAUSEWITZ, Grl. Carlos Von: De la Guerra. BsAs, Ed. Círculo Militar, 1968/1970. Obra en 4 vols.: 594, 595, 602 y 603 de la Biblioteca del Oficial. Edición completa cuidada y anotada por el Grl. José T. Goyret, traductor, además, de los dos últimos volúmenes.

(²)La cuádruple división adoptada para internarnos en De la Guerra la hemos tomado del Grl. J.T. Goyret a quién, sobre la base de diversas conversaciones, debemos una orientación general sobre Clausewitz.

I. NATURALEZA DE LA GUERRA (¿QUE ES LA GUERRA?)

Clausewitz presenta primero los elementos aislados para irlos articulando luego en tanto partes, avanzando de lo simple a lo compuesto. Pero advierte ya desde ese mismo comienzo que, si nos formulamos la pregunta por la naturaleza de la guerra, se hace necesario "penetrar con una mirada en la esencia del todo", meditar siempre el todo y la parte al mismo tiempo.

Por esa razón el inicio mismo contiene ya la definición totalizadora: "La guerra no es otra cosa que un combate singular amplificado". La imagen de dos luchadores en pleno combate, opera como trasfondo explícito. "La guerra es, pues, un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad" (28). En el "todo" de la definición laten varias "partes" vitales: fuerza, enemigo, voluntad, cumplimiento de la misma (fin), los medios a emplear y la naturaleza de medios y fines. Clausewitz no pretende clarificar todos esos temas de inmediato, a ello dedica la obra en su conjunto. Pero adelanta desde temprano una precisión capital.

Su propósito: introducir lo político como determinante del análisis. "El poder se arma con los inventos de las ciencias y las artes para encontrar al poder" (28). En ese marco, entendiendo que la energía moral "no existe fuera de los conceptos de Estado y de ley", la energía física o fuerza, es el medio. ¿Medio para qué? Para someter al enemigo a nuestra voluntad, logro que constituye el fin político. Pero para doblegar al enemigo seriamente es necesario dejarlo indefenso. Y esto último es el fin propio de la acción guerrera. De donde, la guerra sirve al fin político.

Hasta nueva indicación, los números de página correspondientes, indicados entre paréntesis a continuación de cada cita, corresponden al tomo I (vol. 594, edición citada).

1. LOGICA, REALIDAD, POLITICA.

Como anotamos más arriba, Clausewitz destaca que su obra surge como fruto de la reflexión sobre la guerra; pero también de una nutrida experiencia que reconoce doble vertiente : lo personal y lo histórico.

La polaridad pero a la vez convergencia entre reflexión y experiencia, inducen al autor a destacar con especial énfasis que mientras por la lógica, el libre juego de los conceptos, se asciende a los extremos, se llega a los absolutos , por la experiencia se comprueba que tales "absolutos" son impracticables en la realidad. En otras palabras, las implacables certezas de la lógica deben ceder ante las probabilidades, cuando se trata de lograr el fin político mediante la guerra.

En este punto precisamente de equilibrio, a menudo no se le hace justicia a Clausewitz. Pues con caprichosa frecuencia se le adjudica ser el engegucido que preconiza la "ascensión a los extremos" sin aceptar limitación alguna, hundiendo en sangre los aspectos más sutiles y "humanitarios" del arte de la guerra (*). Semejantes interpretaciones, interesadas o simplemente erróneas, no son justas. Clausewitz destaca la antitética entre lógica y realidad, buscando ubicarse en un justo medio que dista mucho de agotarse en mera espiñadistancia matemática.

(*) Entre ellos el Mariscal Montgomery, op. cit., y A. Glückmann. Pero el más virulento en su crítica, y en buena medida padre intelectual de todas las demás, es un autor de reconocido prestigio: Sir Basil Liddell Hart (autor de un clásico: "Estrategia, la Aproximación Indirecta", BsAs, Círculo militar, vol. 501). De este último autor cf. en particular: El Espectro de Napoleón, BsAs, EUDEBA, 1969; y The War in Outline, New York, 1936, Random House, serie The modern Library. Liddell Hart acusa a Clausewitz de haber sacrificado la movilidad al privilegiar la masa (error en que habría incurrido el último Napoleón), ejerciendo de ese modo una influencia negativa que habría llevado al enorme costo en vidas que caracterizó a la primera guerra mundial (que estudia en The war in Outline).

a. Lógica (la ascención a los extremos)

Definida la guerra como un acto de fuerza para obligar al enemigo al cumplimiento de nuestra voluntad, conceptualmente son posibles tres tipos de acciones recíprocas que recaen en otros tantos extremos.

- Primera acción recíproca (empleo "sin miramiento" de la fuerza física)

El uso de la fuerza física "no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia"(29). Y esta última indica que quién emplee a fondo la primera, "sin economía de sangre", triunfará raudamente si el enemigo no procede igual. Al emplear uno la fuerza sin miramientos "impone la ley" al otro que, o hace lo mismo o es aniquilado. Aún cuando los pueblos "civilizados" hayan moderado la crueldad y la destrucción, ello es ajeno a la lógica interna de la guerra misma; pues desde esta última, introducir cualquier principio de moderación equivale a cometer un absurdo. Pues no es posible pensar al acto bélico desprovisto de todo apasionamiento, cayendo en la conclusión absurda de que no sería necesario el empleo de la fuerza física, y de que podría primar la moderación de la racionalidad en los procedimientos de los gobiernos a punto tal que "no serían necesarias las fuerzas físicas, sino sólo sus relaciones: una especie de álgebra de la acción"(30)

Ya desde la lógica se advierte que "Si la guerra es un acto de poder, pertenece necesariamente al ánimo" (30) y lo que determina el ascenso no es el grado de civilización sino la convergencia de los intereses contrapuestos y "la persistencia de su incompatibilidad". La inteligencia en la guerra lleva a obtener medios más eficaces de destrucción que "las crueles exteriorizaciones del instinto", pero de ninguna manera erradica el empleo de la fuerza. Antes bien, plantea la guerra misma como un acto de fuerza y desembaraza al empleo de esta última de todo límite, imponiendo esa ley y la reciprocidad consiguiente al enemigo. Tal el primer extremo.

- Segunda acción recíproca (someter a indefensión -infligir daño grave y duradero- al enemigo)

Si el enemigo debe cumplir nuestra voluntad, tal el fin de la acción guerrera, es necesario colocarlo en una situación de desventaja tal, que admita someterse es lo más leve que puede continuar sucediéndole. Y se lo debe colocar en una situación de indefensión no transitoria, pues caso contrario esperaríamos ocasión más favorable para negarse a nuestra voluntad. Es necesario que crea que está amenazado en todas las hipótesis posibles. Esto -causarle grave, profundo y duradero daño- es indispensable en la "representación teórica". Y como se combate contra otra voluntad actuante, debo tener lo mismo del enemigo. La dura lex es común a ambos, impone otro accionar recíproco y un segundo extremo.

- Tercera acción recíproca (extremo esfuerzo)

La resistencia del enemigo a nuestra capacidad de imponer la voluntad propia sojuzgándolo se expresa "en un producto cuyos factores no pueden separarse: la magnitud de los medios existentes y la firmeza de la voluntad"(32). El primero de esos "factores" puede precisarse o, por lo menos, ser estimado cuantitativamente, "es cosa de números". Pero la firmeza de la voluntad, ¿cómo medirla? La fuerza de las motivaciones aproxima datos, pero no suficientes. Sólo queda poner en juego el máximo y los recursos de toda clase disponibles. Lo mismo deberá hacer el oponente. En el "campo especulativo" se alcanza así el tercer extremo.

Ya en el plano lógico, cabe destacar, las tres acciones son "recíprocas". Esto implica que para que, en sentido propio, haya guerra debe existir un enemigo. Para que haya estrategia debe darse la existencia de una voluntad operando en sentido opuesto a la nuestra; aclaración que viene al caso para desautorizar abusos del lenguaje tales como "colina estratégica",

o similares que aluden a entidades univocas, que no implican una voluntad enemiga en acción recíproca.

b. Realidad ("las probabilidades concretas sustituyen a lo extremo y absoluto del concepto").

La lógica es "modificada" por la realidad. "En el campo abstracto de las meras concepciones -subraya Clausewitz-, el raciocinio no descansa hasta llegar al límite, pues tiene que operar con un límite, con conflictos de fuerzas abandonadas a sí mismas y que no obedecen más que a sus íntimas leyes"(33). Pero, señala el autor, "aún admitiendo que aquel supremo de los esfuerzos fuera un absoluto que pudiera hallarse con facilidad, debemos confesar que el espíritu humano difícilmente se sometería a ese lógico ensueño. En muchos casos tendría lugar un inútil despliegue de fuerzas que encontraría un contrapeso en otros principios de la política; (...) la voluntad humana jamás recibe su fuerza de una lógica sutil" (33/34). Al pasar de la abstracción a la realidad el optimismo lógico se derrumba, la perfección no es posible, lo humano empaña el cálculo racional; el éxito con arreglo al fin político no es posible de obtener desde un esquema intelectualista (aún desde su variedad matematizante).

Las "imperfecciones" (respecto del discurrir lógico) puestas en actividad por ambas partes al pasar al terreno real, obligan al autor a tres afirmaciones -"demostraciones" según Clausewitz- que no hacen sino poner nuevamente de manifiesto que la acción guerrera y el propósito final de la misma carecen de sentido como no sean subordinados al fin político.

En primer lugar, la guerra nunca es un acto aislado, está siempre (en todos los casos) en relación con la trayectoria anterior de los beligerantes, más aún cuando se trata de estados. Los contendientes nunca son "personas abstractas" el uno para el otro, y la actividad del oponente

te permite juzgarlo en términos prácticos, aventando el mero perfeccionismo. "El hombre, con su imperfecta constitución, queda siempre tras la línea de lo perfecto en absoluto, y, por tanto, estas imperfecciones, puestas en actividad por ambas partes, engendran un principio limitado" (34). De modo inevitable.

En segundo lugar, la guerra no consiste en un "golpe aislado sin duración", en "una resolución o serie simultánea de resoluciones". La cadena de resoluciones es, en todo caso, desplegada en el tiempo. Hay margen para el error y para corregirlo sin que ello comprometa absolutamente el éxito final. A diferencia que en el plano lógico, en la realidad los dos adversarios no se ven compelidos a jugarlo todo en un esfuerzo supremo ni es obligatorio poner en juego todos los medios disponibles a la vez (lo cual, además, no sería posible; pues hay variables que en la realidad escapan a la voluntad propia, por ejemplo: la cooperación efectiva de los aliados, el comportamiento de la población o los contrastes inesperados de tiempo y terreno, sin contar con las adversidades y caprichos de la fortuna). Los límites, por tanto, se imponen nuevamente.

En tercer lugar, el resultado, la definición de una guerra no puede considerarse como absoluta, definitiva. La enorme mayoría de las veces el enemigo acepta su derrota solo como un contraste pasajero o, por lo menos, no irreparable en el futuro. Y actúa en consecuencia. Por consiguiente, cuando está en apuros graves cede; pero sólo para evitar males mayores y a la espera de mejores condiciones políticas en el futuro. Y también así se imponen límites ciertos a la acción guerrera.

c. Política (lógica y realidad)

En síntesis, el fin político impondrá la moderación de la realidad frente a la desmesura del razonamiento abstracto que tiende a los

extremos. Las leyes de la lógica ceden ante las leyes de probabilidad, así las denomina el autor, por cuanto en la realidad se debe operar sobre la base de una masa variable, relativa, de datos conocidos (no siempre exhaustivos, seguros, suficientes) y a partir de los mismos determinar líneas de conducta buscando transformar lo desconocido en lo deseado.

Más aún, en acción tras la consecución del fin político, el azar mismo cobra importancia inusitada, debido tanto a la "naturaleza objetiva" como "subjetiva" de la guerra. "No hay actividad humana alguna que esté en tan constante y general contacto con el azar como la guerra. Con el azar tiene un importante puesto en la guerra lo contingente y con ello la fortuna"(47).

En particular es en cuanto a su "naturaleza subjetiva" (aquellos medios con los que debe llevarse a cabo) que cobran mayor relevancia los hechos fortuitos. Al respecto conviene la concisa precisión de Clausewitz: "El elemento sobre el que se mueve la actividad guerrera es el peligro; ¿pero cuál es la fuerza moral de más valía en el peligro? El valor. Ahora, el valor puede armonizarse con el hábil cálculo; pero son cosas de distinta naturaleza, pertenecen a diferentes aspectos del alma; por el contrario, la osadía, la confianza en la fortuna, la audacia y la tenacidad son sólo manifestaciones del valor, y todas estas orientaciones del alma buscan lo contingente porque constituyen su elemento" (47/48).

En definitiva, y es lo que más nos interesa destacar, remata el autor: "Vemos pues que lo absoluto, lo llamado matemático, no encuentra firme base en parte alguna del arte de la guerra, puesto que en ella se in-

tegra un juego de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia, que corre por los hilos de su trama, siendo de todos los ramos de la actividad humana el juego de naipes el que más se le asemeja"(48).

Lo lógico, lo real, lo racional y lo pasional, las severas *μάρτυς* y la caprichosa *εὐχὴ* tienen su lugar en la concepción clausewitziana. El arte de la guerra se ocupa de fuerzas materiales y morales, por tanto, "la teoría debe considerar lo humano y dar cabida al valor, a la audacia y aún a la temeridad"(49). Empresa intelectual nada sencilla desde que la teoría, en tanto tal, debe aspirar a establecer leyes; y nada menos que leyes "en que aquellas necesarias y nobles virtudes guerreras se puedan mover libremente en todos sus grados y variaciones"(49).

Sólo de tal modo la teoría podrá dar cuenta rectamente de la guerra, que lejos de ser un "pasatiempo", "un simple capricho para arriesgarse y alcanzar éxitos", es "un grave medio empleado para un grave fin", que se origina en una situación política y estalla por un motivo político. Bien entendido que la guerra no es simplemente un acto político sino, además y mucho más allá, "una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios"(51). Examinemos pues lo que Clausewitz entiende por "teoría".

//

2. TEORÍA.

Si tal es la naturaleza de la guerra, ¿cuáles son sus consecuencias para la teoría? La más importante es que no obstante la multiplicidad de sus manifestaciones -heterogeneidad ('), desde la teoría es posible y legítimo advertir que la guerra "constituye una maravillosa trinidad" en la cual se entrelazan Los pueblos (donde anidan el odio y la enemistad "que pueden mirarse como un ciego impulso de la naturaleza"), los generales y sus ejércitos (donde la libre actividad del alma debe enhebrar con valor y talento a la "caprichosa influencia de la probabilidad y el azar") y los gobiernos (que generan los fines políticos y emplean la mayor cuota de raciocinio).

"La teoría que descuidara una de ellas, o que las quisiera ligar por arbitrarias relaciones, se pondría instantáneamente en tal oposición con la realidad, que tal causa bastaría para anularla. El problema consiste en mantener a la teoría suspendida entre estas tres tendencias como entre focos de atracción" (54).

Tras recoger advertencias tan claras, nos detendremos a continuación en las consideraciones de Clausewitz sobre la teoría de la guerra, que constituyen un corolario de su respuesta a la pregunta "¿Qué es la guerra?" y tiene en el autor más bien la finalidad de ordenar el aparato categorial que va a emplear, así como marcar los límites de toda aprehensión racional de fenómenos complejos, que la de buscar convertirse en una metateoría.

Aunque en la Teoría, tienen cabida a la vez la división del arte de la guerra (luego del Iluminismo, la sistematización devino un capítulo de

(') Es de destacar que ya en el Libro I (parágrafo XXV) Clausewitz alude a la heterogeneidad de las guerras, dada la variedad de motivaciones políticas. Pero a la vez destaca que lo que tienen en común es su carácter político, las califica de "verdaderos instrumentos políticos" (51).

rigor), consideraciones sobre la teoría misma (sus límites razonables), la discusión acerca de si se trata de arte o ciencia de la guerra, algunas reflexiones en torno al método, otras sobre la crítica y aún consideraciones acerca del valor de los ejemplos, nos centraremos en unas pocas cuestiones fundamentales.

El arte de la guerra, en su "sentido estricto", es determinado como "Dirección de la Guerra". La lucha, "único factor eficaz" en la variada y compleja actividad que en sentido amplio se denomina guerra, "es la medida de las fuerzas morales y materiales por medio de estas últimas". Es capital otorgar todo su valor a las fuerzas morales, pues son decisivas para cualquiera de los componentes de la "maravillosa trinidad", por así decirlo.

Concebido como "dirección", conducción, el arte de la guerra reconoce una subdivisión fundamental en Táctica y Estrategia, que son esencialmente distintas aunque se compenetren en tiempo y espacio. Táctica es "la enseñanza del empleo de las tropas en el combate"; Estrategia es "la enseñanza del uso de los combates para el fin de la guerra".

No nos extenderemos aquí sobre los conceptos de táctica y estrategia, que trataremos por separado más adelante. Deseamos dejar sentado, en cambio, el afán sistemático de Clausewitz y su insistencia en un tratamiento científico de la guerra, cuyo abordaje racional no excluya el valor decisivo de los factores morales, (que involucran desde la inteligencia hasta el ánimo) por cuanto la lucha es una actividad especial en tanto "se desarrolla en un elemento completamente propio: el elemento del peligro" (146).

De tal modo se busca superar la concepción otrora en boga y que incluía bajo la denominación de "arte" o "ciencia" de la guerra a la "totalidad de conocimientos y aplicaciones que se ocupan de cosas materiales", pues por esa vía sólo se lograba una eficacia superficial y "en el fondo no había

otra cosa que un oficio manual elevado poco a poco hasta arte mecánica perfeccionada" (161). Y con una imagen que en su elocuente sencillez recuerda el ejemplo del escultor y la estatua de que se vale Aristóteles para explicar las cuatro causas, remata Clausewitz : "Todo eso tiene con el Arte de la Guerra una relación semejante a la que guarda el trabajo de un armero con la esgrima. Nada se decía de su uso en el momento de peligro y entre constantes influencias recíprocas, ni de los movimientos propios del espíritu y del ánimo, según las circunstancias en que se hallen"(161).

También en la pintura y la arquitectura sucede algo semejante, pues lo espiritual se plasma a través de lo material; y aún en la medicina, porque -exclama el autor- "¡cuánto más difícil es el caso si se presenta una influencia del ánimo, y cuánto más alto no colocamos al médico de almas!"(169)

Si al valor de los factores morales "en el elemento del peligro" se suma la incertidumbre acerca de todos los datos, inevitable en el transcurso o planeamiento de toda actividad guerrera, la posibilidad teórica se complica aún más. Pero no es todo: pues en orden a las complejidades debe añadirse como inevitable que tanto el talento como el genio (Aníbal, Napoleón) obran a menudo fuera de la regla, cuando no inventan otras nuevas.

La única solución -señala Clausewitz- es que la teoría sea concebida como un estudio, no como una "doctrina positiva". En términos contemporáneos diríamos que la teoría debe ser una actitud de búsqueda, un continuo interrogar sin olvidar lo obtenido a través de lo preguntado, pero jamás una receta.

Clausewitz acota, delimita las fronteras y, por tanto, la grandeza en su recto uso de la teoría; pone límite a la "razón bélica" como sigue : "La teoría examina las cuestiones que integran la guerra, separa con claridad lo que a primera vista parece marchar junto, indica todas las cualidades del medio, señala la probable acción del mismo, determina claramente la na-

turalidad del fin, lleva a todas partes la luz de un detenido estudio en el campo de la guerra. Así llena este estudio en el campo de la guerra. Así llena este estudio el principal objeto de su tema, se convierte en guía de quien por libros quiera familiarizarse con la guerra, le ilumina el camino por todas partes, facilita sus pasos, educa su juicio y le preserva del error. Si un hombre perito emplea la mitad de su vida en aclarar una cuestión que parece oscura, llegará seguramente más lejos que aquél que pretenda familiarizarse con ella en poco tiempo. Si la teoría existe servirá para que cada uno no tenga necesidad de investigar y coordinar de nuevo la cuestión, sino que la encuentre clara y ordenada. Ella educará para la guerra el espíritu de los futuros jefes, o, mejor aún, los servirá de guía en la educación de sí mismos, pero no los acompañará en el campo de batalla, del mismo modo que un sabio profesor dirige y facilita el desarrollo intelectual de sus discípulos sin llevarlos con andadores toda la vida"(179).

Y continúa el autor: "Si de las consideraciones que la teoría establece se deducen por sí mismos principios y reglas, y la verdad aparece en forma cristalina, la teoría no estará en contraposición con la ley natural de la inteligencia, y vendrá en apoyo de esa cristalización de la verdad en el punto clave del estudio realizado. Pero hace esto para satisfacer la filosófica ley del pensar, para hacer más visible el punto en que concurren todas las líneas, no para dar con ello una fórmula algebraica utilizable en el campo de batalla; pues estos principios y reglas deben ser para los que piensan mejor los trazos generales de sus acostumbrados movimientos que el jalonamiento del camino que deben seguir" (178-179).

Una teoría así planteada de la dirección de la guerra será útil, no contradecirá la realidad y, manejada con inteligencia, podrá ser ligada íntimamente con el obrar "de tal modo que la ilógica diferencia entre la teoría y la práctica desaparezca por completo"(179).

Tal concepción de la teoría explica, como corolario, por qué un buen general en jefe no debe ser un sabio, en el sentido de acopiar frondosos -si no interminables- conocimientos sobre partes y detalles. De lo que se trata es de captar las grandes directrices, "sólo lo grande puede hacerle grande, lo pequeño le hará mezquino si de sí no lo rechaza como cosa completamente extraña" (186).

El resto de las consecuencias de esa concepción de la teoría, que apelan a integrar dimensiones en los conductores, pueden enunciarse casi en forma aforística, pues las máximas que las expresan no son susceptibles de ser justificadas en forma analítica y "algebraica", y no dicen nada a cualquier espíritu, sino sólo a aquellos capaces e interesados en realizar el adecuado esfuerzo de comprensión; por ejemplo las siguientes "máximas": "el saber en la guerra es muy sencillo, pero no muy fácil", "El saber debe convertirse en 'poder'".

No obstante el empeño precedente, Clausewitz se plantea aún si debe hablarse de "arte" o "ciencia" de la guerra. Por el uso poco preciso (abuso) que se hace de ambos términos, la tarea no es fácil; tampoco impropia, antes bien, necesaria. Más aún, no están reñidos ciencia y arte. Pero la ciencia reina allí "donde el fin sean las investigaciones y los conocimientos" (196). El arte, siempre dirigido al crear, al obrar, puede incluir ciencia -en el sentido referido-, pero en sentido propio -aunque la englobe- el arte comienza allí donde culmina la lógica. Por tanto es más propio decir Arte que Ciencia de la guerra.

Debe aclararse, sin embargo, que erróneamente algunos -otrota y hoy- creen que la guerra es un oficio manual; grave error, un oficio es un arte inferior y, por tanto, con reglas más definidas y estrechas. Lejos de ello, para Clausewitz, la guerra es un acto de las relaciones humanas, pertenece al campo de la vida social. "Es un conflicto de grandes intereses

que tiene sangrienta resolución, y en esto se diferencia de los otros" (197). Se distingue pues tanto de las artes mecánicas -que actúan sobre materia inerte- como de las "artes ideales" -que actúan "sobre un objeto vivo, y, sin embargo, paciente, como el espíritu humano y el humano sentimiento"-, porque en el Arte de la guerra se actúa contra seres vivos que reaccionan, y es sobre ellos que se busca plasmar nuestra voluntad.

El conflicto vivo, "tal y como se forma y resuelve en la guerra", puede, según nuestro autor, quedar sometido a reglas generales, que pueden brindar un método útil para obrar. A tal empeño se dedica De la Guerra. En ella se presentará una "jerarquía lógica, según la cual se gobierna el mundo del obrar como por autoridades constituidas" (201) (El subrayado es nuestro). Se tratará, asimismo, de esbozar leyes, principios, reglas, prescripciones e instrucciones. Pero si bien no es justo desterrar de la dirección de la Guerra al "metodismo", su valor está subordinado a la calidad de la teoría de la guerra de la cual derive, por una parte y, por la otra, al igual que la propia teoría no debe aspirar a ser más que una guía para la acción y no una receta cerrada a toda modificación por la realidad o el talento de los conductores, pues en este último caso solo conduciría a desastres; por ejemplo -y por citar sólo uno muy conocido- los que le sucedieron a los generales que usaron dogmáticamente el "orden oblicuo", (re)inventado con tanto éxito por Federico, pero fueron arrollados una y otra vez por el talento de Bonaparte.

Aún en la teoría más perfecta (perfeccionada) hay algo subjetivo en el modo de aplicarla. En realidad lo único cierto, parece insistir una y otra vez Clausewitz, es que tanto los imitadores como aquellos incapaces de otra actitud que una aplicación mecánica de principios -por correctos y probados que éstos sean- están condenados. Y lo están según las implacables reglas del Arte, que dictaminan que quien pierde muere, espiritual y muy a menudo

materialmente.

Sin escatimar elogios al valor del estudio crítico y de la crítica para el mejor obrar, capaces de inducir depuraciones y mejoramientos en la teoría, Clausewitz reivindica también el valor de los ejemplos históricos para enriquecer a esta última. "Los ejemplos históricos aclaran todo y son la prueba de mayor fuerza en las ciencias experimentales. Esto es aplicable mejor que en cualquier parte, en el Arte de la Guerra" (240).

En su lucha contra lo confuso, Clausewitz subraya el papel esclarecedor y aún didáctico sintetizado en aquel conocido aforismo tan caro a Napoleón: "un buen ejemplo lo aclara todo". Pero más aún, se pone también de manifiesto el profundo valor que Clausewitz concede a la experiencia histórica, para la conformación de la teoría de la guerra. Teoría que tiene la particularidad de irse construyendo, modificando y, en definitiva, estructurando sobre realidades históricas. Sangrientas, costosas, esas realidades históricas son las que en el futuro seguirán pautando el desarrollo de la teoría del arte. La concepción clausewitciana es profundamente histórica y eminentemente abierta. No hay teoría completa, sistema apodíctico ni rastro alguno de saber absoluto al modo hegeliano. La apertura mental es esencial para toda teoría del arte de la guerra. De otro modo se rechazaría la verdad, en lugar de peregrinar incansablemente en su búsqueda.

II. LA OFENSIVA

Para el tratamiento del tema capital de la ofensiva ("el ataque") en Clausewitz, es decisivo no perder de vista la interrelación del mismo con el conjunto de su pensamiento. La guerra como "combate singular amplificado", es la estructura fuerte en la cual se valida. Pero no se entiende sin su contraparte, la defensiva. Más aún, la cuestión definitoria de la ofensiva, el "punto culminante del ataque", la pone en dependencia de la defen-

siva que, correlacionadamente, Clausewitz privilegia. La "cohesión interna de la guerra", por fin, da sentido a ambas, ofensiva y defensiva, en el "Plan de Guerra" (1).

Los dos conceptos "forman una verdadera oposición lógica", y se implican necesariamente. Pero no simétricamente, en la realidad. Esto es, la defensiva implica ofensivas, como elemento activo y "vitalizador". Pero la ofensiva implica "defensivas" más bien sólo como un lastre y, por tanto, como un elemento de rémora, desactivador.

El ataque tiene características propias, determinantes, cuyo objeto no halla simétricos en la defensa. "No se puede concebir la defensiva sin contragolpe ofensivo y este contragolpe es un constituyente necesario de la defensa, mientras que en el ataque el golpe o el acto es, en sí mismo, un concepto completo. La defensa no es, de por sí, necesaria al ataque, pero el espacio y el tiempo, a los cuales el ataque está ligado, introducen en él a la defensa, como un mal necesario" (9).

Dos motivos así lo determinan : en primer término, el ataque no puede ser llevado a cabo hasta sus últimas consecuencias sin que medie interrupciones -lapsos en que, de hecho, se mediatiza por una actitud defensiva y, en segundo término, el espacio ganado por una fuerza en avance, que va quedando a su retaguardia, debe ser conservado mediante provisiones defensivas.

Ambos "males necesarios" debilitan, frenan al ataque, en lugar de acrecentar netamente su fuerza. De donde los ingredientes defensivos inevi-

(1) En adelante y hasta nueva indicación, las páginas indicadas entre paréntesis corresponden al tomo IV (vol. 603) de la edición indicada más arriba.

tables durante el ataque deben ser considerados "como un peso retardatriz engendrado en el propio peso de la masa" constituyendo el "pecado original" y el "principio de mortalidad" de la vitalidad del ataque.

Además, el ataque es siempre "una sola y única cosa", mientras que la defensa tiene diferentes niveles, en tanto se apoya en el principio de la espera del enemigo. En el ataque, por consiguiente, se carece de la posibilidad de emplear gradaciones de los medios tan variadas como en la defensa.

Por otra parte, el ataque se apoya "como regla general" sólo en las fuerzas armadas, y el control de fortalezas. El apoyo de insurrecciones populares, por ejemplo, sólo le son de utilidad en forma eventual; pueden o no servir, pero no se puede contar con ello, pues no son propios de la naturaleza del ataque; en cambio sí deben computarse como importantes en toda defensiva estratégica.

Por último, el ataque, a medida que cumple sus objetivos, pasa generalmente a transformarse en defensa. Así como una defensa exitosa generalmente culmina en un (contra)ataque. Pero mientras que en el último caso se trata de un progreso, en el primero se está frente a una declinación (1).

(1) La fuerza decreciente del ataque : Clausewitz, clasificando el hallazgo de "uno de los asuntos fundamentales de la estrategia", afirma que "el debilitamiento de la potencia absoluta" proviene de alguna de las siete siguientes causas : 1. "Del objetivo del ataque, la ocupación del territorio que, por lo general, comienza después de la primera decisión, pero el ataque no debe cesar con la primera decisión. -2. de la necesidad, que se impone a los ejércitos atacantes, de ocupar el territorio en su retaguardia, para proteger sus líneas de comunicación y sus abastecimientos. -3. de las pérdidas en combate y por las enfermedades -4. de la distancia a las diversas fuentes de abastecimiento y de refuerzos. -5. de los asedios y bloqueos de las fortalezas -6. del relajamiento de los esfuerzos -7. de la defección de los aliados

EL PUNTO CULMINANTE DEL ATAQUE (*)

Obtener una victoria supone haber acrisolado preponderancia de fuerzas materiales y morales. Fuerzas que se ven acrecentadas por el hecho de la victoria misma. Pero no hasta el infinito, sino hasta cierto punto. Pues el vencido no siempre, en realidad rara vez, reacciona con la actitud depresiva del aplastado, sino que suele reaccionar multiplicando sus esfuerzos.

La victoria militar es el medio para obtener el objetivo de guerra, la paz ventajosa, pero no el objetivo mínimo. Por tanto, "es indispensable saber hasta donde se puede llegar, para no sobrepasar ese punto y obtener reveses en lugar de nuevas ventajas" (106). Pues sucede que el punto en que el ataque consigue su faz máxima y crítica, es cuando se transforma en defensa. Porque no hay nada más que conquistar (por ej., se ocupó todo el territorio enemigo) o porque no se puede seguir avanzando debido a los obstáculos que se oponen (v.g. resistencia cerrada, intervención de aliados al enemigo) se llega a un punto culminante donde se debe proteger ahora lo conquistado. Sucede al cabo de toda ofensiva y "sobrepasar ese punto, más que un gasto inútil de fuerzas, que no conduce a ningún resultado ulterior, es un gasto ruinoso, que provoca reacciones y esas reacciones son siempre de efectos desproporcionados, como lo de nuestra la experiencia universal" (106).

Todo ataque que no conduce a una paz en tiempo propio -adecuado al poder material y moral del atacante- termina necesariamente en defensa. Se llega entonces al punto de equilibrio. Pero a partir de allí todo es cuestión de tiempo, y nada indica que ese equilibrio, que es por esencia transitorio, cuando necesariamente se quiebre lo hará en favor del atacante. An-

(*) Este tema está tratado en el capítulo V y en el XXII, añadido por Marie Von Clausewitz.

tes bien, si este último no advirtió "a tiempo", el punto culminante del ataque, probablemente sufrirá reveses devastadores.

Clausewitz es bien claro en esto : "El atacante busca ventajas, que pueda aprovechar en el curso de las ulteriores negociaciones para la paz; pero es necesario que, en el terreno, las pague al contado. Si el atacante mantiene su superioridad, aunque decline cada día, hasta que haya concluido la paz, logra su objetivo. (...) Más allá de este punto cambia la marca y sobreviene el contragolpe. La violencia de ese contragolpe sobrepasa, por lo general, la fuerza del choque inicial. A esto llamamos el punto culminante de ataque" (19/20) .

Es por tal motivo que los cálculos acerca de qué sea superioridad (entendiendo por tal la suma de fuerzas materiales y morales en un proceso temporal) a menudo se hallan "suspendidos del hilo de seda de la imaginación".

El justo medio entre los ufanos absolutos de la lógica y la implacable realidad estaría dado aquí por la conjunción entre racionalidad y experiencia desplegadas en un proceso temporal. El "manejo del tiempo", el "no forzar los tiempos", el ritmo, son aquí decisivos.

III. LA DEFENSIVA.

Clausewitz comienza el Libro VI del siguiente modo: "¿Cuál es el concepto de defensa? Detener un golpe. ¿Cuál es entonces su signo característico? La espera de ese golpe" (vol. 602, p.11). No otro es el carácter propio que permite distinguirla del ataque. Pero como para que haya guerra son necesarias dos voluntades contrapuestas y activas, no puede concebirse la defensa como absoluta, como meramente pasiva ya que en este último caso no habría dos contendientes sino sólo uno. (*)

La defensa por tanto no puede ser sino relativa. Pues aún cuando un bando decida trabar una guerra defensiva, deberá encarar algunas accio-

(*) En adelante y hasta nueva indicación se cita de tomo III (vol. 602)ed.cit.

nes ofensivas con parte del dispositivo dispuesto para la lucha. En realidad, "una campaña es defensiva si se guarda la entrada del enemigo en nuestro teatro de operaciones"(11) (o teatro de guerra). De donde resulta que "la forma defensiva de la guerra no es, por lo tanto, un simple escudo, sino un escudo esencialmente formado por golpes hábilmente dados"(12).

Más aún, el objetivo de la defensa es conservar, el del ataque adquirir. Siendo lo primero más fácil que lo segundo -afirma Clausewitz-, a igualdad de medios surge que la defensiva corre con ventajas. Lejos de toda pasividad, "la forma defensiva de la guerra es en sí más fuerte que la ofensiva" (14).

Además de la superioridad numérica, el coraje y disciplina del ejército, que valen igual en un planteo defensivo que ofensivo, Clausewitz sostiene que tres hechos son decisivos para obtener la victoria: la sorpresa, las ventajas del terreno y el ataque desde varias direcciones.

De los mismos, sólo el primero y el último, "en pequeña parte", están en favor de la ofensiva. En cambio ambos están a favor de la defensiva "en gran parte", por la variedad de fuerza y forma que puede imponer a sus movimientos mientras que el atacante debe actuar empeñando riesgosamente el conjunto de su masa para buscar la decisión. En cuanto al terreno, es siempre ventaja para el defensor. (Por.ej., el fracaso del imponente ejército napoleónico en Rusia- o bien el de Hitler durante la última guerra mundial en el mismo teatro de operaciones- siguen siendo ejemplos contundente aunque, por cierto, no los únicos).

Además de las ventajas de la defensiva en términos de posibilidades de sorprender (atacar en varias direcciones sin comprometerlo todo en el intento de las facilidades del terreno), deben sumarse como elementos favorables propios de la defensa (debilitantes de todo ataque y con los que el

atacante no puede contar sino por azar, ~~accidentalmente~~, nunca por "naturaleza") y lo que de ellas depende, el apoyo de la población y el empleo de grandes fuerzas morales.

La defensa es la forma más fuerte de la conducción de la guerra. Esto es debido a que también aspira a alcanzar la victoria para pasar al ataque, ^{lo} a partir de haberse obtenido la superioridad luego que el atacante haya alcanzado su punto culminante del ataque. "Ese pasaje al contragolpe, debe ser considerado como una tendencia natural de la defensiva" (37) (...). "Un pasaje rápido y vigoroso al ataque -el golpe de la espada fulgurante de la venganza- es el momento más brillante de la defensiva" (38). Prolijo hasta las síntesis cargadas de brío, Clausewitz remata: "En consecuencia, si se hace una descripción de lo que debería ser la defensiva, ella comprende la más grande preparación posible de todos los medios, un ejército bien entrenado para la guerra, un general que espera a su adversario con un espíritu libre y no en la ansiedad de un sentimiento de hesitación, una fría presencia de espíritu, como la fortaleza que no teme el asedio y, finalmente, un pueblo fuerte que no teme al enemigo, más de lo que éste le teme a él" (39).

En todo momento se deben velar armas para no ser sorprendidos, con mucha más razón cuanto más débil se sea, "así lo quiere el arte de la guerra" (39). En la defensiva también es fundamental el manejo del tiempo, pero prevalece quizá más el sentido de oportunidad (καιρός), para devolver con acierto golpes a fin de evitar un ataque masivo del enemigo e irlo debilitando hasta crear la posibilidad de un contragolpe que permita pasar al ataque. El atacante, en cambio, debe observar un manejo distinto del tiempo, más global, más concatenado -no espaciado- buscando imponer sus condiciones con urgencia antes de alcanzar su techo: el punto culminante de su capacidad ofensiva.

IV. EL OBJETIVO DE LA GUERRA.

Tras habernos ocupado de la naturaleza de la guerra, de los alcances de la teoría sobre el arte de llevarla a cabo y de la primacía de la defensiva sobre la ofensiva; como paso final, nos internaremos ahora en el concepto clausewitziano de objetivo, dado su carácter de condicionante de todos los esfuerzos de guerra.

En el octavo y último libro de su obra, intitulado "El Plan de Guerra" Clausewitz esboza una integración del conjunto de su pensamiento -y de su obra redactada-, se cruzan allí las avenidas principales.

1. VALOR Y NECESIDAD DE UN OBJETIVO PLAUSIBLE.

Es el Plan de Guerra el que, por abarcar el conjunto del acto guerrero lo convierte en una operación unívoca, con un objetivo final definido y al cual se subordinan todos los objetivos particulares. La decisión dominante que subtiende y estructura el Plan determina la cantidad y calidad de los medios a comprometer, y quedan en función de la misma "hasta los más pequeños detalles de la acción" (119). (1)

En otras palabras, destaca Clausewitz, si se actúa sabiamente, ninguna guerra debería comenzar "sin que primero se haya encontrado respuesta para la siguiente pregunta: ¿qué es lo que se busca alcanzar por la guerra y en la guerra?" (119). Desde luego apelando no sólo a la lógica sino también a la realidad, como vimos al responder a la pregunta sobre la naturaleza de la guerra.

Ahora bien, lo que se logre alcanzar por y en la guerra será determinado por el resultado final de la misma, "la conclusión corona la obra". Pero acerca de cómo acceder a un coronamiento exitoso existen dos perspectivas polares.

La primera, atendiendo a la "esencia" de la cosa, subraya que la

(1) En adelante las citas corresponden al Tomo IV (vol. 603) edic. citada.

guerra es un todo indivisible y, en consecuencia, que los resultados parciales sólo tienen sentido en relación a ese todo; hasta que el resultado final mismo no es alcanzado "nada está decidido, nada está perdido" (125).

La segunda, atendiendo a la "historia", enfatiza por el contrario, que son los resultados particulares independientes los que van enhebrando el éxito o el fracaso final; todo dependería solamente de la suma definitiva de resultados "y se puede registrar cada resultado al bando correspondiente, como en un contador de juego" (126).

Ninguna de las dos perspectivas carece de consecuencias importantes. Por tanto Clausewitz zanja la cuestión sirviéndose de ambas, pero otorgando importancia capital a la siguiente diferencia: "la primera será la idea fundamentada situada en la raíz de todo y se utilizará la segunda como una modificación, justificada por las circunstancias".(127)

En síntesis, al comienzo de toda guerra, debe responderse a la pregunta indicada definiendo su carácter y desarrollo de conjunto. Hay una fuerte cuota de apriorismo en todo plan, es inevitable, porque debemos basarnos en aquello que las condiciones y relaciones políticas tanto históricas como presentes nos conducen a prever como probable; no obstante, sería suicida dar el primer paso sin antes haber pensado en el último.

Aceptada la inevitabilidad de apelar a la guerra para superar los diferendos políticos, se impone como primera parte del Plan, determinar la magnitud del objetivo de la guerra y los esfuerzos a realizar. La tarea dista de ser sencilla. La magnitud de las exigencias políticas propias y las del enemigo determinarán las capacidades de coacción respectivas. De ello surgen tres elementos que aportan incertidumbre en cuanto concierne a la determinación de medios a emplear y a la fijación del objetivo a alcanzar.

A saber, por una parte, rara vez resulta suficientemente evidente el alcance real de las exigencias y apetitos políticos de enemigo, para

peor, es axiomático que se hacen más desmesurados a medida que surgen vacilaciones o derrotas en el campo propio; por otra parte, la situación y las condiciones de los(Estados) beligerantes no son nunca semejantes; y, por último, también son diferentes "la voluntad, el carácter y las capacidades de los gobiernos" (130) ubicados a la cabeza de los estados y encargados de fijar sus exigencias políticas.

Señalante cúmulo de incertidumbres ante la inminencia de una "acción recíproca" sangrienta aconseja, según Clausewitz, una "actitud media", practicable, consistente en empeñar sólo las fuerzas necesarias como para que el objetivo de guerra no se desvíe de la consecución del objetivo político. Debe ceder entonces todo logicismo y brillar en todo su esplendor el arte, "es decir, la habilidad para extraer, mediante un juicio intuitivo, de entre una multitud infinita de objetos y circunstancias, lo más importante y más decisivo. Este juicio intuitivo consiste, indiscutiblemente, en una comparación, más o menos intuitiva, de cosas y de relaciones, que descarta las que son remotas y secundarias y descubre las que son más inmediatas e importantes, más rápidamente que por medio de la deducción estrictamente lógica" (131).

Cobra entonces valor decisivo la calidad de conducción con que cada beligerante cuenta. La conducción preclara puede ser debida a genios individuales como Alejandro, Aníbal o Napoleón pero también a estructuras de decisión colectivas extraordinarias como, por ejemplo, el estado mayor alemán en la segunda guerra mundial, (una estructura de decisión reconocida como de alta aptitud aún funcionando bajo condiciones políticas internas no ideales).

La conducción se muestra decisiva en el arte de la guerra, mucho más por cuanto debe tener la apertura intelectual, por así decirlo, para evaluar el objetivo político no sólo desde el punto de vista propio sino también desde el del enemigo, manejando magnitudes tan complejas como el carác-

ter y capacidades de ambos pueblos y gobiernos trabados, para peor, en la maraña de intereses de terceros estados que pueden permanecer como espectadores o dejar de hacerlo en función de sus intereses particulares.

En este sentido -declara Clausewitz- "Bonaparte tenía razón al decir que constituye un problema de álgebra, ante el cual el mismo Newton quedaría estupefacto" (132). En realidad, la lógica queda totalmente desbordada y sólo el arte es capaz de incorporar e implementar dimensiones como la del peligro, ^{dimensión} esencial en la guerra porque no se agota en su aspecto negativo (intimidatorio, paralizante) como algunos desprevenidos o inexpertos podrían imaginar, lejos de ello, pero fuera del alcance "de los hombres comunes", la libertad y la actividad del espíritu crecen ante el acicate del peligro y la responsabilidad.

La calidad de la conducción es también decisiva para evaluar las "relaciones de conjunto que la época y las circunstancias imponen a los estados" (132). Posición que evidencia la actitud antidogmática -cada guerra es una nueva- y el profundo sentido histórico y social de Clausewitz, quien no escatima el análisis concienzudo de diversos ejemplos históricos con el fin "de mostrar cómo cada época había tenido sus propias formas de guerra, sus propias condiciones restrictivas y sus propios prejuicios" (147).

2. EL OBJETIVO DE LA GUERRA: LA DERROTA DEL ENEMIGO.

Clausewitz señala que, de acuerdo con su concepto, el objetivo de la guerra debe ser siempre la derrota del enemigo. Pero a renglón seguido se pregunta : y bien "¿en qué consiste esa derrota?"

En quebrar el "centro de gravedad" enemigo. La mente debe estar atenta a las condiciones que predominan en ambos bandos. A partir de las mismas se constituirá "un centro de poder y movimiento del cual todo depende,

y contra ese centro de gravedad del enemigo, es que debe ser dirigido el golpe concentrado de todas las fuerzas (propias)" (153). Porque lo pequeño depende siempre de lo grande, lo accesorio de lo importante y lo accidental de lo esencial.

En algunos casos, el centro de gravedad está dado por las fuerzas armadas enemigas, y destruirlas constituye el fin del dispositivo propio. Pero no es la única posibilidad: "En los Estados agitados por las disensiones internas, ese centro de gravedad reside, por lo general, en la capital. En los pequeños Estados que dependen de los más grandes, se encuentra, generalmente, en el ejército de sus aliados; en una confederación está en la unidad de intereses; en una insurrección nacional, en la persona del jefe principal y en la opinión pública; es contra esos puntos que debe ser dirigido el golpe" (153). Como se ve, Clausewitz es absolutamente consecuente con su concepción de subordinar la guerra a la política. La determinación del centro de "gravedad" (=centro de "poder") enemigo es una tarea de alta política; y es también política la derrota del enemigo. No hay vestigio alguno de militarismo, o de concepciones estrechamente militaristas, no obstante se destaca el rol fundamental de la guerra para la consecución de los objetivos político.

Tras golpear contra el centro de poder del enemigo, si se consigue hacer trastabillar su equilibrio, se debe continuar golpeando con persistencia en la misma dirección, no apartarse nunca de ese derrotero por razón (o vacilación) alguna. Es menester buscar siempre y con denuedo el núcleo del poder enemigo empeñado contra él, implacablemente, el peso principal del poderío propio "arriesgando todo para ganar todo" (153).

Clausewitz se permite señalar algunas condiciones básicas para la derrota del enemigo, "de acuerdo con la mayoría de las experiencias", pero

subrayando enfáticamente los condicionales: (a) La dispersión de su ejército, si es que éste constituye, en cierta medida, un poder efectivo; (b) La captura de la capital enemiga, si ésta no es simplemente el centro administrativo del estado, sino también el asiento de los cuerpos y partidos políticos; y (c) Un golpe eficaz contra el aliado principal, si éste es, de por sí, más poderoso que el enemigo.

Una digresión de interés que realiza Clausewitz en torno a la cuestión de la derrota del enemigo, es la referida a la relación entre tiempo y fuerza. En la guerra, continuación de la política, "no se encuentran vestigios de ninguna acción recíproca entre tiempo y fuerza, como la que se produce en la dinámica" (156). No es verdad, por ejemplo, que duplicando una fuerza se pueda obtener el objetivo deseado en la mitad del tiempo, ni tampoco su inversa: que doblando los plazos se pueda llegar al objetivo con la mitad de la misma fuerza. Sin embargo el tiempo es indispensable para ambos beligerantes; Clausewitz se pregunta entonces (producida una decisión) "¿cuál de los dos, a juzgar por su posición, tiene más razones para esperar del tiempo ventajas especiales?"

Clausewitz contesta que el vencido, pero no en razón de las leyes de la dinámica, sino de las leyes psicológicas. "La envidia, los celos, la inquietud y aún la grandeza del alma, son los mediadores naturales para el desafortunado. Por una parte, le crean amigos y, por la otra, debilitan y disuelven la coalición de sus enemigos. En consecuencia, es al vencido, más aún que al conquistador, a quién la demora aporta mayores ventajas. Además, es necesario recordar que para sacar partido de la primera victoria, se impone un gran gasto de fuerza, como ya hemos demostrado. Es menester, no sólo realizar un gasto, sino también sostenerlo, como si se tratara de mantener el gran tren de vida en una mansión. Las fuerzas, que pueden ser suficientes para ponernos en posesión de una provincia enemiga, no siempre alcan-

zan para hacer frente a esa nueva situación; la presión sobre nuestros recursos aumenta, gradualmente, hasta que al fin éstos llegan a ser insuficientes. De este modo, el tiempo, de por sí, puede producir un cambio" (157). Las campañas napoleónicas, en particular aquella contra Rusia, ofrecen ejemplos claros.

En el fondo, Clausewitz busca combatir y rechazar la idea de que el tiempo por sí mismo procura ventajas al atacante (aunque pudieran existir contadísimas excepciones que sólo sirven para confirmar la regla). Pero es de destacar la consecuencia con que mantiene una vez más el carácter político y no científicista de la guerra. El modelo de las ciencias físico-matemáticas (incluyendo la concepción del tiempo que le es propia), representado en este caso por la "dinámica" (al decir de Clausewitz), se muestra como inadecuado para la teoría de la guerra, fenómeno que no se deja categorizar desde semejante marco conceptual.

a. El objetivo limitado.

La derrota del enemigo, es el fin máximo del acto guerrero, pero ¿qué hacer, respecto del Plan de guerra, si las condiciones existentes no permiten alcanzar ese objetivo en su totalidad?: habrá que concebir un "objetivo limitado". En cuyo caso cobran particular vigencia la existencia de una "gran superioridad moral o material, o un gran espíritu emprendedor y el gustar de los grandes riesgos" (163).

En gran medida todo estriba entonces en el acierto para determinar el "momento más favorable". Se puede adoptar una actitud de "espera" de ese momento (guerra defensiva) si se tienen motivos para suponer que la situación evolucionará en perjuicio del enemigo. Pero si, por el contrario, se entrevé que el porvenir depara al enemigo una situación más favorable,

se deberá optar sin dilaciones por una guerra ofensiva.

Entre ambas alternativas, el tercer caso, "sin duda el más común", ocurre "cuando ninguna de las dos partes tiene nada preciso que esperar del futuro y cuando, en consecuencia, la situación no proporciona ningún motivo para la decisión. En este caso, la guerra ofensiva se impone totalmente al que es políticamente el agresor, es decir, al que tiene un motivo positivo, porque él ha tomado las armas con ese objetivo y cada momento perdido, sin buena razón, es otro tiempo perdido para él". (175)

Nuevamente la decisión, por razones "intrínsecas" al fenómeno surge de los motivos políticos. No podría ser de otro modo pues, como señala Clausewitz: "la política es la facultad intelectual, la guerra no es más que el instrumento y no a la inversa. Subordinar el punto de vista militar al político es, por lo tanto, lo único que se puede hacer"(175).

Puesto que es el objetivo político el que determina al militar, Clausewitz enlaza la problemática de realizar (lograr) un objetivo limitado con la de obtener el objetivo total a través de un nuevo examen del papel determinante de lo político con respecto a lo militar. El tratamiento de la cuestión se desarrolla en dos pasos consecutivos.

- La influencia del objetivo político sobre el objetivo militar.

Fuertemente adherido a la experiencia de la Europa de sus tiempos (la prenapoleónica, la sacudida por el Emperador, la de los primeros años de la Restauración), Clausewitz destaca como motivo impulsor de los objetivos de guerra las apetencias políticas de cada Estado; e ilustra con el caso de las alianzas (cuestión necesaria ayer, hoy, siempre en política y guerra). Cada alianza ha demostrado que, a la hora de las hostilidades, los participantes evalúan de modo diferente el peligro que les concierne (aunque esté encarnado por el mismo estado(s) enemigo(s)) y actúan en consecuencia. Así, envían un número de tropas equivalentes sólo a

la magnitud de sus temores y/o sus seguridades; cual si se tratara de una transacción comercial. Dificilmente la magnitud de ese aporte se compadece con un objetivo de guerra común. Mucho más raramente esos contingentes son sometidos a la conducción de generales de otros estados. Hay mera (y mezquina) suma de esfuerzos, nunca integración, salvo excepciones que confirman la regla.

Incluso los casos que más se aproximan al ideal declamado (una suerte de articulación general de esfuerzos bélicos) se deben a una presencia enemiga abrumadora que los sacude a todos sin piedad: por ejemplo las devastaciones que produjo el "poder ilimitado" de Bonaparte, que fue quién más unió la "realidad" con la "lógica", desde que aproximó en una escala sin precedentes la guerra a los extremos concebibles.

Aún cuando la guerra se produzca sin aliados, sucedería una cosa semejante. En definitiva, los objetivos políticos de corto alcance conducen a una forma descendente de guerra, que se estanca "en una simple amenaza al enemigo y en la negociación"(170), porque la experiencia indica que el enemigo actúa, en general, de modo semejante. En esos casos, "todo el arte militar cambia a ser simple prudencia, cuyo objetivo principal será impedir que el equilibrio inconstante se vuelva súbitamente en contra de nosotros y que esa semiguerra se convierta en una guerra verdadera"(170)(9).

(9) Pasajes como este son los que justifican la apreciación de J.T. Goyret cuando señala que a la incompletitud de la obra "debe agregarse la forma literaria como claramente expresa sus reflexiones, subyugante por su rigor lógico, pero no de fácil lectura"(Tomo III, Prólogo, edic. citada). Pero también, de alguna manera, "justifican" la exasperación crítica de un espíritu analítico más bien cartesiano como el del Barón de Jomini (Précis de L'Art de la Guerre, París, Librairie L. Baudoin, 1894) que, en el inicio de su obra no hace debida justicia a Clausewitz. A guisa de ejemplo, en el pasaje citado, en apenas 14 líneas "densas", Clausewitz apela a los siguientes conceptos: guerra (varias veces), teoría (dos veces), estudio filosófico, necesidad, concepto, punto de apoyo, solución natural, principio moderador, móviles de la acción, resistencia pasiva, principios directores, arte militar, prudencia, objetivo principal, equilibrio inconstante, semiguerra, guerra verdadera; por limitarnos sólo a los más relevantes.

- La guerra es un instrumento de la política.

Ante semejantes complicaciones, ¿cómo se salvan las dificultades de la teoría?; pues, destacando el carácter instrumental de la guerra. Afirma Clausewitz que es un grave error, aunque bastante difundido, creer que cuando estalla la guerra cesan las relaciones y conflictos políticos que le dieron origen. Muy por el contrario, "la guerra no es otra cosa que la continuación de las relaciones políticas, con el agregado de otros medios". "Los hilos principales que corren a través de los acontecimientos de la guerra y a los cuales ellas se ligan, no son más que los lineamientos de una política que prosigue durante la guerra hasta la paz" (171).

Sin las políticas que la subtienden, la guerra sería algo privado de sentido y de intención. No sólo en el plano de la realidad, sino también en el de la lógica. "La guerra tiene su propia gramática, pero no su propia lógica" (172, subrayado nuestro).

Clausewitz es explícito en esta cuestión: "este punto de vista se impone doblemente cuando se piensa que la guerra real no es un esfuerzo tan consecuente, tan extremo en su aspiración, como debería serlo de acuerdo con su concepción, sino algo híbrido, una contradicción en sí; como tal ella no puede, por lo tanto, seguir sus propias leyes, sino que debe ser considerada como parte de un todo que difiere de ella y ese todo es la política" (172).

En consecuencia, sólo una política grandiosa aproxima la guerra a los extremos, a los absolutos lógicos. Caso contrario, la espada de la guerra gana en liviandad y hasta se transforma en un simple florete apto de modo alternativo para "golpes, fintas y paradas".

Sólo por su dependencia de la política tiene la guerra unidad. Unidad dada por el Plan de guerra que traza los objetivos. Por tanto, si surge conflicto entre los intereses políticos y militares de un mismo bando sólo serán atribuibles a una "comprensión imperfecta" tanto de la realidad como de la teoría.

El error peor y quizá el más frecuente, consiste en que la política exija de la guerra lo que ésta no puede dar. Pero de todas maneras, el indicado es un error de tipo político, de donde, por la vía inversa (la del error) se prueba lo mismo: la guerra es instrumento de la política y, por tanto, es desde esta última desde donde se deben fijar los objetivos. De todos modos, Clausewitz aconseja que se asocie a la dirección de los asuntos políticos "cierto conocimiento de los problemas militares"(177); llegando a sugerir^{como} una fórmula apta, en caso de conflagración, la participación del general en jefe en el gabinete para que tome parte en las decisiones importantes.

La conducción de la guerra es política, conducir la guerra no implica que la política deje "de pensar de acuerdo con sus propias leyes"(181)(1).

(1) En un pasaje donde tematiza la política misma (y es uno de los muy contados sino el único de cierta extensión en toda la obra), Clausewitz aclara: "Se admite que la política une y reconcilia todos los intereses de la administración interna y también los de la humanidad y todo lo que el espíritu filosófico puede concebir, porque no es, en sí misma, sino la representante de todos esos intereses frente a otros estados. No nos interesa, por el momento, que la política pueda ser mal orientada y hacerse la mejor servidora de las ambiciones de los intereses particulares o de la vanidad de los dirigentes, porque el arte de la guerra no puede, en ningún caso, considerarse como su mentor y sólo podemos considerar aquí a la política a título de representante de todos los intereses de la comunidad entera" (174).

b. El objetivo máximo.

Cuando el objetivo es la destrucción del enemigo, el Plan de guerra asume connotaciones especiales y De la Guerra alcanza su climax, pues la conducción política debe poner la capacidad bélica al servicio de un logro decisivo: quebrar el centro de gravedad del dispositivo enemigo.

Semejante empresa es ambiciosa y riesgosa a la vez, pues se debe esperar una respuesta de igual intensidad y sentido contrario por parte del enemigo. Como todas las cosas importantes, el Plan de guerra correspondiente debe estar animado por muy pocos principios, simples pero de cuya estricta observación dependerá todo. Clausewitz los limita a dos. "El primero consiste en reducir el peso de las fuerzas del enemigo a centros de gravedad, tan poco numerosos como sea posible, a sólo uno si se puede; en limitar el ataque contra estos centros de gravedad a tan pocas empresas importantes como sea posible, a una sola sería lo mejor; por último, mantener a todas las empresas secundarias lo más subordinadas que sea posible. En una palabra, el primer principio es: concentrarse tanto como sea posible." "El segundo es: actuar tan rápidamente como sea posible y no permitir ninguna demora o rodeo, sin razón suficiente" (197).

Respecto del primer principio cabe destacar, no obstante, la importancia que reviste (sobre todo en caso de combatir contra un dispositivo integrado por aliados) discernir con claridad cuál es el problema principal, para consagrar a su solución, con toda prioridad, lo mejor de las fuerzas propias. Siempre combinando la ofensiva y defensiva.

La decisión principal compensa todas las restantes deficiencias, todo depende pues de conseguir que sea favorable. Claro, el riesgo preside todas las jugadas ambiciosas, talentosas si se prefiere, pero ninguna po-

sibilidad de fracaso autoriza la actitud medrosa de precaverse a todo precio. Esta última actitud, en sí misma, ya preanuncia la derrota. Pero aquí salimos ya del valor de los principios pasando a depender de la calidad de los intérpretes.

En cuanto al segundo principio que debe informar todo Plan de guerra, el mismo hace al empleo del tiempo: todo gasto innecesario, "todo rodeo inútil" (teórico y/o práctico) se traduce directamente en un "desperdicio" de fuerzas. La sorpresa, lo súbito e irresistible del ataque son ventajas de las que "rara vez" es posible prescindir (y, a la vez, tener éxito).

Clausewitz demanda una "ejecución rápida y directa" como lo más conveniente, en general. Pero en esa "máxima" la conjunción es lo esencial. Lo rápido, si no es a la vez directo contra la articulación decisiva del dispositivo enemigo, deriva en lo meramente atropellado y confuso. Lo directo no atento al factor tiempo equivale a la ceguera y al consecuente fracaso.

Cuando tras la aplicación correcta de ambos principios se ha logrado una victoria, lo principal es su explotación. Clausewitz lo sintetiza así: "cuando se ha logrado una gran victoria, no se debe hablar de descanso, de tomar aliento, de considerar, de consolidar, etc., sino solamente de proseguir, de dar nuevos golpes donde sean necesarios, de la conquista de la capital enemiga, de atacar a las fuerzas auxiliares del enemigo o a todo lo que carezca sostener al estado contendiente"(214). No es esto, sin embargo, pasión desbordada por el mero ofensivismo: si no se consolida la victoria, se arriesga un contrataque. Un contrataque militar si al enemigo le queda aún la posibilidad de reunir fuerzas. Pero

si no las tuviera, desde que toda la cuestión es en esencia política, la vacilación en este terreno -no explotación a fondo de la victoria militar- deja espacio vacío para que re-accionen políticamente los vencidos, o ter- cien otros intereses, lo cual es frecuente y quizá peor.

Por último, ¿cuándo debe admitirse que un Plan de guerra estaba mal concebido y que debe ser corregido en sus fundamentos? No ante los primeros reveses, por cierto. Sólo el fracaso en la empresa determinada como principal, o la mayoría de las empresas a ella conducentes, deberían motivar cambios.

A MODO DE EPILOGO.

De tal suerte, tras aclarar que "queríamos significar lo que es necesario y general y dejar margen al juego de lo particular y de lo ac- cidental; pero excluir todo lo que es arbitrario, infundado, vulgar, fantástico y artificial", el legado de Clausewitz llega a su fin. Por lo menos en cuanto a punto tan esencial como era el totalizador Plan de guerra. Porque a renglón seguido promete un capítulo especial dedicado a la organización del comando supremo que, debido a su muerte, nunca fue escrito.

No obstante, le restaron fuerzas como para terminar la parte escrita y conocida de su obra con la presentación de un Plan de guerra, elaborado desde los que consideraba sus intereses patrióticos.

El hecho de que Clausewitz ofrezca su propio Plan de guerra, como culminación de la teoría desarrollada (además de reflejar cuánto había es- caldado a Europa el talento político-militar de Napoleón) sirve como broche final para destacar la coherencia puesta de manifiesto a lo largo de toda la obra en términos de no disociar lógica y realidad, guerra y política, teoría y experiencia.

Las sucesivas catedrales consagradas al culto del mismo arte, no suelen ofrecer a la vez la misma solidez de cimientos y apego al libre vuelo del espíritu.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

La presente selección responde a un criterio exclusivamente temático. A los textos citados a pie de página, que se consignan según su orden de aparición, se han intercalado en ciertos casos otras obras consultadas consideradas de interés inmediato.

I. LA GUERRA

- HESIODE , Teogonie - Les travaux et les Jours - Le Bouclier,
Paris, Les Belles Lettres, 1977. (Edición bilingüe griego-francés por Paul Mazon).
- HOMERO , La Odissea. Poesía homérica,
texto establecido y traducido por Héctor Berard,
Paris, Les Belles Lettres, 1967-1974, 8ed. 3 vol
- HOMERE , Iliade,
Avec la collaboration de Pierre Chantrain, P.
Collart et René Langumier, Paris, Les Belles
Lettres, 1972, 7ma. ed., 4 vol.
- PLATON , República,
Bs.As., EUBEA, 1965.
- MACHIAVELLI, Nicolò , Il Principe e pagine dei 'Discorsi' e delle
'Historie' con Introd. e note di Luigi Russo,
Firenze, Sansoni, 1948, 10ma. ed.
- " " , Tutte le opere, Storiche e letterarie a cura
di Guido Mazzoni e Mario Casella,
Firenze, G. Barbèra Ed., 1929.
- MESNAED, Pierre , L'Essor de la Philosophie Politique
au XVIe siècle,
Paris, Vrin, 1977.
- VITORIA, Francisco de , Selecciones sobre las Indias y el Derecho de
Guerra,
Madrid, Espasa-Calpe, 1975, 3ra. ed.
- SUAREZ, Francisco , Guerra Intervención Paz internacional,
Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1956.

- WALZER, Michael , Just & Unjust Wars : A moral argument with historical illustrations,
New York, Basic Books, 1977.
- " " , Obediencia y desobediencia civil en una democracia,
Bs.As., Edisar , 1977.
- DUPUY, Richard E., , The Encyclopedia of Military History from 3.500 B.C. to the Present,
New York, Harper & Row, 1977.
- MONTGOMERY, Mariscal de Campo. Vizconde de Alamein , Historia del Arte de la Guerra,
Madrid, Aguilar, 1969.
En un ambicioso proyecto, el autor, secundado por un equipo de especialistas, tras dar su opinión sobre la naturaleza de la guerra, se extiende desde "los tiempos primitivos" (anteriores a los griegos) hasta la era nuclear. Tras ello, el epílogo intitulado "El Ideal de la Paz", culmina con el siguiente mensaje en forma de poesía : "Somos los muertos.../.../ a vosotros con manos desfallecientes pasamos la antorcha;/ sea vuestra y alzada muy alto/ Si en quien morimos perdéis la fe,/ jamás dormiremos.../ .
Se trataría de la antorcha de la Justicia y la Libertad.
- BASTICO, Héctor (General del Ejército Italiano) , La evolución del arte de la guerra,
t.I: La guerra en el pasado; t.II: La guerra en el siglo XX; t.III: La Guerra en el futuro.
Bs.As., Círculo Militar, Biblioteca del oficial, vols. CLXIII, CLXIV y CLXV, 1932.
Tiene el interés de ser un trabajo no sólo anterior a la aparición del arma nuclear sino, inclusive, ala Segunda Guerra Mundial.
- MEAD EARLE, Edward , Creadores de la estrategia moderna,
Bs.As., Círculo Militar, 1968, 3 tomos (Bibl. del oficial vols. 598, 599 y 600). Desde Maquiavelo hasta el "concepto Nazide la Guerra".
El original, un verdadero clásico, está escrito durante la segunda guerra Mundial y reúne en la empresa a una cantidad de talentos de la época. Naturalmente, no había aparecido aún el arma atómica.

- HOWARD, Michael (editor) , Teoría y práctica de la guerra,
Bs.As., Círculo militar, 1968, vols. 596 y 597.
Reúne también una pléyade de calificados espe-
cialistas, comenzando por el editor. La prime-
ra edición original data de 1965, esto es, avan-
zada ya la disuasión sobre la base del arma nu-
clear.
- HOWARD, Michael , War in european history,
London, Oxford University Press, 1976.
Una obra modelo, de muy cuidada y elaborada
presentación.

II. LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL

- ROTEBLAT, Joseph , Scientist in the Quest for peace; a history of
the Pugwash Conferences,
Cambridge, Mass., M.I.T. Press, 1972.
- FRIEDMAN, León , The Law of war, a documentary history,
New York, Random House, 1972, 2 vol.
- IKLE, Fred Charles , Every war must end,
New York, Columbia University Press, 1971.
- APCN, Raymond, , Paz y Guerra entre las Naciones,
Madrid, Revista de Occidente, 1963.
-
- EINSTEIN, A., SZILARD, L. , Un Mundo o Ninguno,
OPPENHEIMER, J.R et al. , Prólogo de Niels Bohr, Bs.As., American Books,
1946.
- BEAUFRE, Andrés , Introducción a la Estrategia,
Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965.
-
-
-
- Time,
New York, January 12, 1981.
- BRODIE, Bernard , Guerra y Política,
México DF, F.C.E., 1978.

- WOHLSTETTER, Albert , The Delicate Balance of Terror,
Vol. 37, Nro. 2, New York, Foreign Affairs, 1959.
- ENTHOVEN, A. & SMITH, K.W. How Much is Enough? ,
New York, Harper & Row, 1971.
- , Newsweek,
Washington DC., Septiembre 15, 1980.
- ROSSI, Jorge , Entrevista al Contraalmirante Castro Madero
en Estrategia Nro. 51, Marzo-Abril 1978.
- SAN DOVAL, R. Robert , Consider The Porcupine,
Bulletin of the Atomic Scientist, New York,
Mayo 1976.
- , Prospects of Deterrence,
A'elphi papers Nro. Ili, Inst. de Estudios Es-
tratégicos, Londres, 1975.
- BEAUPRE , La apuesta al desorden,
Bs.As., Americalee, 1971.
- GGYRET, José T. , Geopolítica y Subversión,
Bs.As., 1981.
- FRANCO, L.G.. , Restraining Arms Exports to the Third World:
Will Europe Agree? En : Survival, Londres,
Inst. de Estudios Estratégicos, January/Februa-
ry 1979.
- GERASIMOV, G. (Gral.
de la URSS) , Guerra Accidental En : Criterio, Nro. Extraor-
dinario Navidad 1967.
- , SIIRI - Yearbook 1979,
Estocolmo, SIIRI, 1980.
- GLUCASMAN, André , El Discurso de la Guerra,
Barcelona, Anagrama, 1968.
- SNYDER, Glenn H. ,
 , En American Defense Policy, Washington DC.,
Ed. Johns Hopkins University Press, 1961.
- CLINE, Ray S. , World Power Assessment 1977. A Calculus of
Strategic Drift,
Washington DC., Westview Press & CSIS, 1977.
- TAENEY, R.H. , La Religión en el orto del capitalismo,
Madrid, Ed. Revista de Derecho Privado, 1936.

- U.S. CONGRESS. SENATE.
COMMITTEE ON FOREIGN
RELATIONS , Strategy Arms Limitations Talks,
U.S. Congress. Senate. Committee on
Relations,
Washington DC., U.S. Congress Press, 1979.
- BUCKLEY, James L.
& WARNKE, Paul C. , Strategic Sufficiency : Fact or Fiction? ,
Washington DC., American Enterprise Institute,
1972.
- POLMAR, Norman , Strategic Weapons; an introduction,
New York, Crane, Russak & Co, 1975.
- ROSTOW, Eugene V. , Law, power & the pursuit of peace,
Lincoln, University of Nebraska Press, 1968.
- RANDLE, Robert F. , The origins of peace ; a study of peacemaking
and the structure of peace settlements,
New York, Free Press, 1973.
- KENNEDY, John F. , The strategy of peace,
New York, Harper, 1960.
- BLOOMFIELD, Lincoln P. , The power to keep peace : Today and in a world
without war,
Berkeley, California, World Without War Coun-
cil, 1971.
- GENOVES TARZAGA, Santiago, Is peace inevitable? Agression, evolution and
human destiny,
New York, Walker, 1970.
- BOULDING, Kenneth E. (ed.), Peace and the war industry,
Chicago, Aldine Pub. Corp., 1970.
- RAKOVE, Milton L. , Arms and foreign policy in the nuclear age,
New York, Oxford University Press, 1972.
- NATIONAL RESEARCH COUN-
CIL , U.S. Science and technology for development:
A contribution to the 1979 U.N. conference,
Washington DC., Departement of State, 1981.
- U.S., 97th CONGRESS , Fiscal year 1982 Arms Control Impact statements,
Statements submitted to the Congress by the
president Pursuant to Section 36 of the Arms
Control and Disarmament Act.
Washington DC., US. Governement Printing Office,
1981.
Para un prolijo examen de los sistemas de armas
nucleares y su administración.

- GREENWOOD, Ted , Nuclear proliferation : motivation, capabilities and strategies for control, New York, Mc Graw-Hill, 1977.
- GRAY, Robert C. , Learning from history : case studies of the weapons acquisitions process en World Politics, vol XXXI, April '79, nro. 3, pp. 457 y ss.
- HACKETT, General Sir John, La tercera guerra mundial, (Agosto 1985, una historia futura), México DF., Lasser Press Mexicana S.A., 1980. Se trata de una presentación novelada de un escenario hipotético de guerra y su definición a favor de la alianza occidental. El autor se desempeñó como alto funcionario del Comando de la Otan.
- MILIA, Fernando A. , Estrategia y poder militar, (Bases para una teoría estratégica), Bs.As., Instituto de Publicaciones Navales, 1965.
- RAMIREZ MITCHELL, Rubén A. Resúmenes de estrategia, Bs.As., Escuela de Defensa Nacional, 1976. Se trata de una bibliografía sobre el tema.
- B. MITCHELL SIMPSON III (editor) , War, Strategy and Maritime Power, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1977.
- COLLINS, John M. , Grand Strategy, Principles and practice, Annapolis, Naval Institute Press, 1973. Hay versión castellana por el Gral. Martínez Quiroga, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial.
- BEAURE, André , Stratégie pour demain, Paris, Plon, 1974.
- PARIS, Henri , Strategies sovietique et americaine, Paris, Fondation pour les études de Défense Nationales, Cahier Nro. 17 (3e trimestre 1980).
- WEBER, Max , La ética protestante y el espíritu del capitalismo, México DF., Fondo de Cultura Económica.
- SOBART, Werner , Lujo y capitalismo,
- MITZMAN, Arthur , La Jaula de Hierro, Madrid, Ed. Alianza, vol. 162.

- SCHLESINGER, Arthur M.
and WHITE, Morton (editors), Paths of American Thought, (The changing climate of American thought from colonial times to the world of today) 26 autores.
- SCHNEIDER, Herbert W. , A history of American Philosophy,
New York, Columbia University Press, 1963, 2da. ed.
- RECK, Andrew J. , The New American philosophers; an exploration of thought since World War II,
Baton Rouge, Louisiana University Press, 1968.
- NOVAK, Michael, , American philosophy and the future : essay for a new generation,
New York, Scribner, 1968.
- COHEN, M., NAGEL, Th.,
and SCANLON, Th. (editors) , War and Moral Responsibility. A Philosophy and Public Affairs Reader,
New Jersey, Princeton University Press, 1974.
- BRZEZINSKI, Zbigniew , La era tecnocrónica,
Bs.As., Paidós, 1979, 2da. ed.
- Mc LUHAN, Herbert M. , Guerra y paz en la aldea global,
Barcelona, 1971.
- Mc LUHAN, Herbert M. , The Medium is the Message,
New York, Random House, 1967.
- Mc LUHAN, Herbert M. , la cultura es nuestro negocio,
México, Ed. Diana, 1974.
- KISSINGER, Henry , Un mundo restaurado,
México DF., F.C.E., 1973.
- TOCQUEVILLE, Alexis Ch. , Democracy in America,
New York, A.A. Knopf, 1945, 2 vols.
Edición al cuidado de Phillips Bradley.
- POPPER, Karl , The open Society and its enemies,
New Jersey, Princeton University Press, 1966.
- HIGHAM, Robin (editor) , A guide to the sources of United States military history,
Hamden, Connecticut, Anchor Books, 1975.

- WEIGLEY, Russell F. , The American Way of War : a history of United States Military Strategy and Policy, New York, Mac Millan, 1973.
- MILLIS, W. , American Military Thought, Indianapolis, Bobbs-Merrill , 1966.
- LECKIE, Robert , The wars of America, New York, Harper and Row, 1968.
- BARNET, Richard J. , Guerra perpetua : los hombres y las instituciones responsables de la política exterior de los Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- KISSINGER, Henry , Armas nucleares y política internacional, Madrid, Rialp, 1962.
- THE ATLANTIC COUNCIL OF THE UNITED STATES , The growing dimensions of security, Washington DC., Security Series , Nov. 1977.
- AMERICAN ENTERPRISE INSTITUTE (Paul NITZE et al.) , U.S. Defense, what can we afford?, Washington DC., AEI Forums, June 1980.
- VANTAGE CONFERENCE REPORT, Non proliferation : 1980's Vienna, Austria, January 29-February 3, 1980. Iowa, The Stanley Foundation, Dic. 1980.
- BARNET, Richard , The lean years: politics in the age of scarcity, New York, Simon and Schuster, 1980.
- The roots of war, Baltimore, Penguin Books, 1973.
- NIXON, Richard , La verdadera guerra (La tercera guerra mundial ha comenzado...), Barcelona, Planeta, 1980.
- DULLES, John Foster , Guerra o paz, Bs.As., Agora, 1957.
- ELIOT, Charles W. (Editor), American historical documents, New York, P.F. Collier and Son Corporation, (original copyright 1910).
- MARX, C. y ENGELS, F. , Manifiesto Comunista, Bs.As., Ed. Claridad, 1967, 2da. ed.

- LENIN, V.I. , ¿Qué Hacer? en Obras Escogidas, tomo I, Moscú, Ed. Lenguas Extranjeras, 1963.
- ENGELS, F. , Temas militares (Selección de trabajos de 1848-1895), Bs.As., Ed. Cartago, 1974, 2da. ed.
- " " , Anti-Dühring ("La subversión de la ciencia por el Sr. Eugen Dühring"), México, Grijalbo, 1964.
- INSTITUTO DE MARXISMO-LENINISMO ADJUNTO AL COMITÉ CENTRAL DEL PCUS , V.I. Lenin, Biografía, Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, (s/f), 2da. ed. Traducción directa del ruso por Augusto Vidal Roget.
- WALTER, Gerard , Lenin (Ensayo biográfico), Barcelona-México DF., Grijalbo, 1967.
- LENIN, V.I. , El programa militar de la revolución proletaria en Obras Escogidas, Moscú, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1963.
- " " , El Estado y la Revolución, Bs.As., Ed. Lautaro , 1946.
- " " , Acercas del Estado en Obras Escogidas, t.III, Moscú, Ed. Lenguas Extranjeras, 1963.
- KECHEKIAN, S.F. y FERKIN, G.I. , Historia de las ideas políticas desde la antigüedad hasta nuestros días, Bs. As., Cartago, 1958.
- SIPRI , ¿Armamentos o desarme?, Estocolmo, SIPRI, 1979.
- SIPRI , World Armaments and Disarmament, Estocolmo, SIPRI, 1979.
- GRECHKO, A.A. Mariscal de la URSS , Las Fuerzas Armadas del Estado soviético, Moscú , Ed. Progreso, 1977.
- BESANÇON, Alain , Breve tratado de soviología, Madrid, Eialp, 1977.
- AC. DE CIENCIAS DE LA URSS , Historia de la URSS (Epoca del Socialismo 1917 en adelante), México, Grijalbo, 1958.

- AC. DE CIENCIAS DE LA URSS , LENIN, V. I., Obras Escogidas, en tres tomos, Moscú, Ed. Progreso, 1963.
- GURVITCH, Georges , Dialectique et sociologie, Paris, Flammarion, 1962. (En especial: Primera Parte, VIII, pp 118 y ss.)
- MISES, Ludwig Von , El socialismo, Bs.As., Inst. Publicaciones Navales, 1968.
- SOLZHENITSYN, Alexander , The Gulag Archipelago (1958-1966), Londres, Collins-Fontana, 1974.
- DJILAS, Milovan , Conversaciones con Stalin, Barcelona, Seix Barral, 1962.
- MINDSZENTY, Cardenal , Memorias, Bs.As., EMECE, 1975.
- SCOTT, William F. , Soviet sources of military doctrine and strategy, New York, Crane, Russak & Co, Inc., 1975.
(c) National Strategy Information Center, Inc.

III. LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL DE LA FILOSOFIA

- RUYER, Raymond , Perturbaciones ideológicas, Bs.As., Emecé, 1973.
- ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS , Escritos de Filosofía Nro. 2, Bs.As., Academia Nacional de Ciencias, Julio/Diciembre 1978.
- ALTHUSSER, L. , La Filosofía como arma de la revolución, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N°4. 1968
- ALTHUSSER, L. , Pour Marx, Paris, Maspero, 1966.
- NANNHEIN, Karl , Ideología y Utopía, Madrid, Aguilar, 1963.
- FUCCIARELLI, Eugenio , Ideología y Ciencias en Escritos de Filosofía, Nro.2, Bs.As., Acad. Nacional de Ciencias, Julio/diciembre 1978.

- BAECHELER, Jean , Qué es la Ideología,
Bs.As., Emecé, 1978.
- RUYER, R. , Caracteres generales de las Utopías Sociales en Historia y elementos de la Sociología del Conocimiento, t.II,
Bs.As., EDEBA, 1964.
- EINSTEIN, Albert,
FREUD, Sigmund y otros , El Psicoanálisis frente a la guerra,
Bs.As., Rodolfo Alonso editor, 1970.
- TINBERGEN, Niko , Estudios de Etología, t.II,
Madrid, Alianza, 1979.
- LORENZ, Konrad , On Agression,
New York, Harcourt-brace & World, 1966.
- NORRIS, Desmond , The Naked Ape,
New York, Mc. Graw-Hill, 1967.
- ARBREY, Robert , The Social Contract,
New York, Atheneum, 1970.
- " " , Les enfants de Cain: African Genesis,
Paris, 1963.
- EIBL-LEIBENSFELDT , El hombre preprogramado. Lo hereditario como factor determinante en el comportamiento humano,
Madrid, Alianza, 1976.
- MONTAGU, Ashley , La naturaleza de la agresividad humana,
Madrid, Alianza, 1978.
- BRODIE, Bernard , El escalamiento y la opción nuclear,
Bs.As., Círculo Militar, 1967. Biblioteca del Oficial, vol. 586/587.
- LEWIN, Leonard C.
GALBRAITH, J.K. , La paz indeseable,
Bs.As., Tiempo Contemporáneo, 1968.
- BURNS, Richard , Arms control and disarmament : a bibliography,
Sta. Bárbara, California: ABC-Lio, 1977.
- U.S. ARMS CONTROL AND
DISARMAMENT AGENCY , Arms Control and disarmaments agreements; texts and history of negotiations,
Washington DC., 1977

- GRAY, Collins S. , The soviet-american arms race,
Lexington, Mass., Saxon house, 1976.
- BECKER, A.S. , Military expenditure limitation for arms control: problems and prospects with a documentary history of recent proposals,
Cambridge, Mass., Ballinger Pub. Co., 1977.
- LUTWAK, Edward M. , Strategic power: military capabilities and political utility,
Washington DC., Sage Publications, 1976.
- LONG, Franklin A. et al. , Arms, defense policy and arms conflict,
New York, N.Y. Norton, 1976.
Temas: armas atómicas y desarme.
- NUMFORD, Lewis , Técnica y civilización,
Madrid, Alianza, 1979, 3ra. ed.
- MALRAUX, André , La hoguera de encinas,
Bs.As., Ed. Sur, 1972.
- JOUVENEL, Bertrand de , El poder,
Madrid, Editora Nacional, 2da. ed., 1974.
- FREUND, Julien , La esencia de lo político,
Madrid, Editora Nacional, 1968.
- RITTER, Gerhard , El problema ético del poder,
Madrid, Revista de Occidente, 1972.
- ARENDT, Hannah , La condición humana,
Barcelona, Seix Barral, 1974.
- SILBERNER, Edmund , La guerra en el pensamiento económico,
Madrid, Aguilar, 1954.
Comprende desde el siglo XVI al XIX.
- ARENJURST, Michael , Introducción al Derecho Internacional,
Madrid, Alianza, 1975, 2da. ed.
- CALLOIS, Roger, , La cuesta de la guerra,
México DF., F.C.E., 1973.
- VOLTAIRE , Opúsculos Satíricos y Filosóficos,
Madrid, Alfaguara, 1978.
- HAZARD, Paul , El pensamiento europeo en el siglo XVIII,
trad. Julián Marías,
Madrid, Guadarrama, 1958.